

Se ha perdido un Cadáver

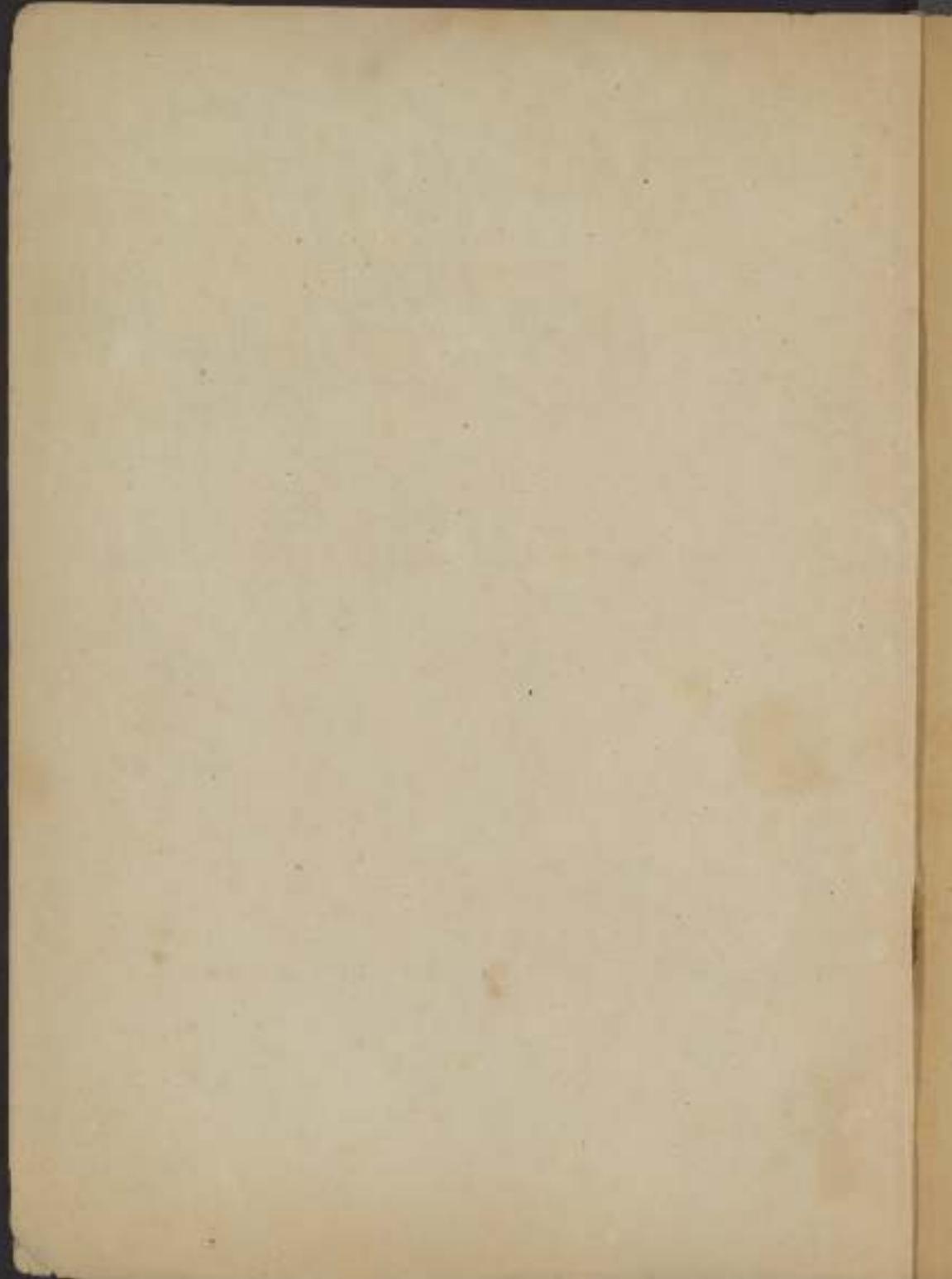


ROBERTO
FONT



MONTES BRAC 11





Se ha perdido un cadáver

Narración exclusiva para
EDICIONES BISTAGNE
por
J. SILVA ARAMBURU

Ediciones Bistagne

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

SE HA PERDIDO UN CADAVER

Interesantísimo asunto, de comicidad e intriga

Argumento de

J. SILVA ARAMBURU

y

MARIO S. VIADA

Dirección

J. GASPAS

Una producción

JULIO ELIAS

Pelayo, 1

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Roberto Font

Ana María Noé

Maruja Gómez

Alejandro Ulloa

Francisco Villagómez

José Lado

José Telmo

Distribución en España:

- Centro . Enrique Viñals
Cataluña. José Balart
Levante . Rogelio Beltrán
Norte . Ricardo Marsal
Andalucía J. Silva Alba

Se ha perdido un cadáver

Argumento de la película

CAPITULO I

Un crimen en los Almacenes Mundial

La animación en los Almacenes Mundial era extraordinaria. Marcaba el almanaque la fecha del 11 de Diciembre y la proximidad de las fiestas Pascuales justificaba la afluencia de público que, agolpado frente a las diversas secciones del gran salón, hervía en un sordo rumor de gigante colmena. Pero donde lo compacto de la masa llegaba a la confusión, donde gentes de la condición más diversa se apiñaban hasta formar un verdadero nudo que congestionaba la circulación en los almacenes, era frente al "stand" de exhibiciones, pequeño escenario situado pared por medio del despacho de la Gerencia, en el que Roberto Pérez, un hombre-anuncio de estrafalario indumento y rostro de inexpresiva comicidad, cantaba al compás de una musiqui-

lla alegre y pegadiza, las excelencias de la pistola PUM, arma inofensiva, simplemente detonante, de las llamadas "asusta-perros", creadas por la industria para uso casi exclusivo de los ciclistas cuya marcha por carretera suelen entorpecer con su escandaloso asalto los casos ladrones y vagabundos.

Montado en una bicicleta, fija al suelo por recios soportes, empuñando en la mano derecha la pistola que fingía disparar ora contra la pared de enfrente — justamente la que daba a los despachos y dependencias del Establecimiento — o bien contra un perro de madera, de grotesca traza, que accionado desde la parte interior del escenario, ladraba rabiosamente a la par que movía las patas y el rabo, Roberto

Pérez, cuyo rostro simplicísimo era el espejo de un alma ingenua, infantil casi, provocaba con gestos y ademanes la hilaridad constante de cuantos agrupados frente a él, se ensimismaban en la contemplación de unos y otros, más atentos, en verdad, a la gracia desbordante del hombre-anuncio que a las pretendidas excelencias de la pistola y haciendo caso omiso de la recomendación que con ritmo martilleante procuraba incrustar en sus respectivas trompas de Eustaquio:

Se ha vuelto en moda a poner
para viajar,
igual que la estufa ayer,
pedalear.
Y, seas hombre o mujer,
si así has de andar,
de un pricinto te has de hacer
acomodar.

Refrán

Si vijas en bicicleta,
sin pistola no debes ir,
pues si un perro no te roquete,
le tienes que "sacudir".
El gatillo con fuerza aprieta
y seguro puedes estar
de que el perro por la cuneta
el cabo verá rodar.
Y mocho, lirondo,
más rápido que el "simón",
le mandas al fondo
haciendo tan solo "¡pum!".
Por lo cual es claro y sencilla,
y lo debes de comprender,
que tan sólo con un "gatillo"
a un perro puedes vencer.

El ciclismo es un sport
de calidad,
que se usa sin gran rubor
a toda edad.

En "hici" se basa el amor
boy día ya,
llevando al lado al tutor
o a la mamá.

Refrán

Si vijas en bicicleta,
sin merienda no debes ir,
pues, a veces, el hambre aprieta
y no puedes resistir.
Tu tortilla en una libreta
meter debes en el carrito,
y, sentándote en la cuneta,
negarte el gran atracón.
Y mocho, lirondo,
de sueño tras de comer,
canta redondo,
pues ya no puedes correr.
Por lo cual comprender te toca
y el consejo no has de olvidar:
que tan sólo con hambre boca
se puede "pedalear".

Y así, repitiendo la canción y los gestos, Roberto Pérez, ajeno a todo lo que no fuese el cumplimiento de su obligación, veía pasar las horas en espera de la que, liberándolo de su esclavitud, le pudiese en franquicia para corretear por las calles de la gran ciudad, llena de los mil y mil atractivos que, aunque negados para él, no dejaban de seducirle con su encanto.

Centelleaban los focos sobre los objetos de cristal, arrancándoles destellos cegadores... Los sentidos, holgábanse de ser excitados por los incentivos más variados, desde los colorines brillantes que prendían chispas de luz en las pupilas, hasta las disonancias más estridentes — griterío infantil, risotadas juveni-

les, chascar metálico de máquinas— que ensordecían y llegaban a aturdir, pasando por los olores fuertes y agradables de la sección de perfumería, seducción a duras penas contenida para el atractivo sensorial de las mujeres.

Todo era vida, animación, alegría, atmósfera optimista en la que aceptaban a diluirse las mayores preocupaciones, y sin embargo, pared por medio del "stand" de Roberto, en el despacho de la Gerencia, ibanse incubando los prolegómenos de una gran tragedia.

Don Andrés de la Cuesta, hombre recio de cuerpo y de espíritu, que desempeñaba el difícil y espinoso cargo de Gerente de los Almacenes Mundial, inclinado sobre unos grandes libros de contabilidad abiertas bajo su mirada sagaz, sonreía enigmático. De improviso el timbre del teléfono repiqueteó inquietante. Don Andrés atendió a la llamada y

—Aguarda un momento — respondió a la voz femenina que sonó al otro lado del hilo.

Levantóse con visible inquietud, cerró una de las puertas de su despacho, que permanecía entreabierta, y reanudando la interrumpida comunicación, pudo oírsele decir:

—¿No te tengo dicho que no me llames aquí?

—Es urgentísimo que hablemos —apremió su colocutora.

—Bien, bien, por muy urgente que sea — denegó él; y ella, tornó a insistir, con cierto ribete irónico:

—No sé por qué tienes ese miedo a que nos veamos a solas.

No pudo, no quiso o no supo el señor de la Cuesta reprimir un impulso de sus nervios alterados y barbotó:

—Porque estoy harto de tus impertinencias, tus lágrimas y tus amenazas.

Aun la mujer desconocida, terqueó lejana:

—¡Bah!... Nos veremos y más pronto de lo que te figuras.

Conocedor él, sin duda, de su tenacidad, quiso advertir a tiempo:

—¡Aquí no se te ocurra venir!

Y, como la firmeza de la dama misteriosa se acusase en unas últimas palabras—: "¡He de verte y te veré por encima de todo!"—el gerente de los Almacenes, colgó el teléfono, al tiempo que exclamaba malhumorado:

—¡Haz lo que te dé la gana!

Acto seguido, con la contrariedad retratada en el semblante, ceñudo y adusto, pulsó un timbre y

—Que venga Vives, al momento — ordenó a una linda y espigada muchachita, que acudió a la llamada.

Era aquélla, Salvadora Vargas, taquimecanógrafa de la casa, con honores de secretaria de don Andrés, y novia, al propio tiempo, de Luis Vives, cajero-contable de los Almacenes en que ambos prestaban sus servicios.

No habían transcurrido dos minutos cuando ya el empleado cuya presencia se solicitara, demandaba permiso para entrar en el despacho.

—¡Adelante! — respondió la voz un tanto destemplada del Jefe, que continuó acre y dura—: He repasado los libros que ayer le pedí para su examen y advierto en ellos varias anomalías.

—No es posible — repuso Luis con gesto asombrado.

—¿Cómo que no?... ¡Cuando yo se lo digo!

—No puedo explicarme...

Y al decir esto, Vives, se inclinó instintivamente sobre los libros, sin dejar de escuchar a don Andrés que puntualizaba:

—Hay errores de suma y alguna que otra raspadura.

Vives, que ya había tenido ocasión de fijarse en los guarismos que poblaban las páginas, protestó enérgico:

—¡Esos números no los he escrito yo!

—¿Ni éstos tampoco?... ¿Ni éstos?... — fué la respuesta que ob-

tuvo y que acabó de desconcertarle hasta el punto de hacerle exclamar, mientras se pasaba la mano por la frente, como para ahuyentar lo que parecía terrible pesadilla:

—¿Es incomprensible!

—Responderá de esas anomalías en lugar y momento oportunos.

—Insisto en que le entregué mis libros sin falsificación alguna.

—¿Eso lo veremos!

—Y tanto que lo veremos. Quiere usted perderme para toda la vida y antes de consentírselo, soy capaz de...

Quedó flotando en el aire la frase ambigua de Vives, que don Andrés, rápidamente, quiso ver concretada.

—¿De qué?

—De hacer cualquier barbaridad.

—¿Es una amenaza?

—¡Es una advertencia!

Y con paso firme y rotundo, salió Luis en dirección a la puerta que comunicaba el despacho de la Gerencia con el local de los Almacenes. Hizo girar el cierre de aquélla, y, al abrir, cayó a tierra el cuerpo de Roberto Pérez, el hombre-anuncio, que en unos minutos de descanso a la sazón, había tenido la malhadada idea de aplicar el oído en un indiscreto deseo de descifrar el sentido de las frases que llegaron airadas hasta él.

Fué el propio don Andrés quien —mientras Vives se alejaba, Almacenes adelante— le ayudó a levantarse, interrogándole desabrido:

—¿Usted qué hace aquí, pedazo de idiota?

—Que he llegado hace unos minutos a Valladolid y me están cambiando la bicicleta de piñones, que aquí los hay buenisimos.

La chuscada del pobre infeliz, tuvo una réplica tan inmediata como enérgica:

—Usted es un vago que se va a ir a la calle cuando menos lo espere.

Pero Roberto no era hombre que se dejase pisar el terreno, y burla burlando, pese a su aspecto bonachón, amenazó:

—Pocos gritos, que yo me paso la vida con la pistola en la mano, y perro que me ladra, lo dejo en la cuneta.

—¡Bah! — dijo despreciativo don Andrés, cerrando el despacho. Y Salvadora, la dactilógrafa, que se hubo aproximado con extrañeza, interrogó:

—¿Qué voces son estas, Roberto?

—Que he llegado a Valladolid, y ha salido el Papamoscas. Digo, no: que el Papamoscas es de Burgos.

Salvadora no pudo por menos de sonreír; la estulticia de Pérez se

derrumbó sobre su asiento inmediato y ni uno ni otro pudieron ver cómo se alejaba Agustín, el conserje de los Almacenes que, portador de uno de los maniqués que, ricamente ataviados, se enviaban por la casa a la Exposición del Traje, había tenido ocasión de escuchar casualmente las palabras amenazadoras del hombre-anuncio.

Entre tanto, el ritmo vivo de los Almacenes proseguía. Los mil y un incidentes diversos a que estas aglomeraciones dan lugar, cobraban vida con independencia absoluta de los hechos dramáticos que comenzaban a producirse al margen de la trivialidad o del cómico relieve de aquéllos. Uno, sin embargo, hemos de recoger aquí por la importancia que habrá de adquirir a lo largo de esta historia.

Mientras tenía lugar en el despacho del gerente la violenta conversación entre éste y el cajero, que dejamos transcrita, hicieron entrada en el suntuoso establecimiento, dos curiosos personajes: hombre y mujer, elegantemente ataviados ambos y sin que ninguno pudiese inspirar, de momento, la menor sospecha. A pocos metros de la puerta de la calle, y cuando aun se hallaban confundidos entre el gentío, sostuvieron ambos un breve diálogo en reconcentrada voz:

—A ver si te decides — dijo él.

Y ella contestó:

—Espérame aquí y guárdame las espaldas.

—Descuida; vengo preparado— fué su respuesta, mientras le mostraba el bulto de una pistola sepultada en el bolsillo de la americana.

La prudencia femenina no pudo por menos de aconsejar:

—Suelta eso; si nos cogen con armas, nos fastidian.

Y sin más palabras, separándose, él se perdió entre los admiradores de Roberto Pérez que seguía en su escenario haciendo las delicias del público, y ella dirigiéndose, sonriente y serena, hacia la sección de ropa blanca de señora, solicitó de una de las dependientas que le mostrase juegos interiores de crepón, y comenzó a hundir sus manos en la suave y sedosa catarata de ricas telas y finos encajes.

Dejémosla, pues, en tan grata tarea y atendamos breves instantes a una nueva figura que entró en la escena. Se trata de cierta dama de aventajada estatura, que enfundada en negro abrigo de piel y tocada con un elegante turbante rojo de vivo exotismo, cruzó el salón, retardora y resuelta, y que, a punto de traspasar el umbral del despacho de la Gerencia vióse detenida en su camino por Salvadora, que, sonrien-

te, hubo de manifestarle, obedeciendo, sin duda, órdenes superiores.

—Don Andrés no está.

—¿Cómo que no, si hace unos minutos que he hablado con él por teléfono?

—Pues le aseguro... — tornó a justificar la empleada.

Y Roberto, el simplicísimo Roberto, empeñado en estropearlo todo, terció:

—Si está, mujer, si está.

—No, Roberto. Se fué hace rato — quiso disimular la muchacha, haciéndole un picaresco gesto de inteligencia.

Pero él, ajeno en absoluto a toda clase de engaños, insistió:

—¡Vaya! Voy a convencerte—.

Y, ni corto ni perezoso, abrió la puerta, introdujo la cabeza en el despacho y preguntó con aire satisfecho—. ¿Verdad que está usted?

¿Para qué quería más la inoportuna visitante?... Aprovechó el momento y, haciendo caso omiso de Salvadora y de Roberto, adentróse por los dominios de la Gerencia, mientras el señor de la Cuesta, cogiendo violentamente de las solapas al hombre-anuncio, le decía en tono airado:

—Yo, estoy. El que deja de estar aquí, es usted. Pase por la Caja al terminar el trabajo.

El estampido de un portazo rubricó la rotundidad de la frase, que sólo halló en la paciente víctima este compungido comentario:

—¿Por la Caja?... ¡Puedo darme por muerto!...

No era Pérez, sin embargo, hombre a quien durasen mucho tiempo las tribulaciones, y así, bien pronto estuvo bromeando con Carmen y Clotilde, dos encantadoras dependientas, encargadas, respectivamente, de las secciones de guantería y perfumería.

—¿Quieres una pastilla de jabón, Roberto? —preguntó Clotilde.

Y Carmen comentó:

—Chica, no le hables así, que se va a poner muy tonto.

A lo que respondió el aludido con vergonzosa modestia, tomando la pastilla ofrecida y colocándola en un aparato portaguantes que imitaba a la perfección un desnudo y torneado brazo femenino:

—¡Oh, no!... Yo no me envanesco porque una chica guapa me dé jabón.

¿Qué ocurrió acto seguido?...

Una pequeña causa, que, como casi toda, produjo grandes efectos. Que Roberto Pérez resbaló, el brazo mecánico accionóse solo y la pastilla de jabón, lanzada con fuerza, fué a dar en el hombro de la compradora a quien antes dejamos revolviendo montones de ropa inter-

rior de señora, que volvió el rostro asustada, y asustóse aún más al ver a sus espaldas la figura espantable de una autoridad urbana que parecía mirarla inquisitivamente: un grito, una instintiva elevación de brazos y un par de camisas, varios sostenes y seis u ocho bragas que caían al suelo liberadas de la opresión del abrigo que las sujetaba.

Carreras precipitadas, voces de "¡A esos!" "¡Ladrones!" y la desaparición como por arte de encantamiento de la *mechera* y su cómplice fueron la última consecuencia del incidente, motivado, a fin de cuentas, por la falta de seriedad de Roberto y por la coincidencia fatal de que cuando el jabón golpeaba el hombro de la aprovechada "compradora", acertaba a pasar por detrás de ella el ya aludido Agustín con un nuevo maniquí, reproducción exacta, esta vez, de un inofensivo guardia municipal.

Entre tanto, en el despacho de la Gerencia habíase desarrollado una horrascosa escena entre don Andrés de la Cuesta y Marité — que este era el nombre de la dama del turbante—, terminada con una sigilosa salida de ésta, sorprendida por Salvadora que la abordó ingenuamente con esta frase:

—¿Consiguí usted, por fin, hablar con don Andrés?

—Sí, señorita—fué la enigmática respuesta—. Y le aseguro que no me voy de vacío.

¿Qué había ocurrido entre aquella mujer extraña y el gerente de los Almacenes Mundial?... No hubiera sido fácil adivinarlo ni siquiera para aquel que por el procedimiento primitivo del hombre-anuncio, hubiese oído a través de la puerta las frases siguientes:

—Quieras o no me tienes que oír.

—Te empeñas en salirte con la tuya.

—¡Y esta vez... puede que para siempre!

Lo cierto es que el ritmo animado y ligero del salón, continuó sin desmayo alguno: que Roberto Pérez recibió una sonora bofetada al confundir el auténtico brazo de una no menos auténtica cliente con el aparato portaguantes; y que, terminado su eventual descanso, dispúsose a ascender nuevamente al "stand" para, desde la bicicleta, continuar la exhibición de la magnífica e inofensiva pistola "Pum", arma que al terminar la pasada fase de su trabajo había dejado en uno de los salientes del pequeño escenario.

No iban tan bien las cosas para Luis Vives, el cajero de los Alma-

cenes, y Salvadora, su novia. Aquél, desasosegado y nervioso desde su violenta entrevista con don Andrés, sostuvo con la muchacha un diálogo en extremo inquietante.

—Yo digo que no lo agoanto — fueron sus palabras iniciales.

—No seas así, hombre. Ya conoces su genio — trató ella de calmarle.

—O se retracta de lo que me ha dicho antes o vamos a salir mal.

—Vamos, Luis, tranquilízate. Piensa que nos falta muy poco tiempo para ser felices y que una incomprensión por tu parte, podría echarlo todo a rodar.

—No te esfuerces, Dora. Yo hablo ahora mismo con ese hombre, otra vez, y de su actitud dependerá la mía.

—¡No seas loco!

—¡Estoy dispuesto a todo!

Y con esta frase nada tranquilizadora, Luis Vives pasó del despacho de las mecanógrafas al de la Gerencia, cerrando tras de sí la puerta y dejando sumida a su enamorada en la más cruel de las incertidumbres.

Fuera, frente al "stand" de Roberto, las risas continuaban ininterrumpidamente: el disco proseguía incesante con su contagiosa melo-

dia, cuando de pronto, un disparo rasgó los aires, cientos de gritos los poblaron, multiplicáronse las carreras y las caídas, el hombre-anuncio huyó empuñando su pistola y del despacho surgió la figura pálida y temblorosa de Vives que, a la pregunta llena de inquietud y zozobra de Salvador:

—¿Qué has hecho, Luis? — respondió con aparente firmeza:

—¡Te juré que soy inocente!

Pero lo cierto es que allá, al fondo de la habitación, se veía derribado en tierra el cuerpo de don

Andrés, de cuya sien manaba un hilillo de sangre.

—¡Lo han matado! ¡Lo han matado! ¡No dejen salir a nadie!—repetieron voces diversas.

Y la mano previsor de Agustín, el conserje, cerró la puerta del despacho mientras alguien telefonaba precipitadamente a la policía.

El misterio estaba a punto de comenzar: y una pregunta asomaba a todos los labios: ¿quién había matado al Gerente de los Almacenes Mundial?...

CAPITULO II

Ladrón a la fuerza

Carretera en las inmediaciones de la gran ciudad.. Lejos, parpadeaban las luces de ésta, claras y distintas en la atmósfera diáfana de la noche invernal. Frente a un hotelito de dos plantas, que rodeaba grueso muro de mampostería, dos hombres de nada recomendable catadura, paseábanse inquietos. Silbaba el viento y crujían las ramas.

—Mala noche para trabajar — lamentóse uno de ellos.

—¡Si no fuera porque éste puede ser un buen golpe! — justificó el otro.

—Y que lo digas. El dueño de ese hotel debe andar bien de "posita".

Un reloj lejano desgranó ocho campanadas.

—La hora convenida, tú — dijo el primero de ambos pájaros.

—¿Estás seguro de que vendrá ese?

—El ya dijo que no podría ayudarnos, pero que nos enviaría al "Manolete", que creo es un "hacha" con la pistola en la mano.

—¡Ah, sí! Uno que parece que anda muy quemado, porque la última vez que le dió gusto al dedo, se le fué vivo su contrincante.

Arreció el viento, poblado de presagios de nieve, y los dos individuos se aproximaron a un registro de alcantarillas, y levantaron la tapa, mientras el que parecía más decidido, ordenaba:

—¡Bueno! ¡Al punto de la cita, que es el interior del pozo!

Ya habían desaparecido, cuando rasgaron las tinieblas de la noche los faros de un camión que avanzaba por la carretera. ¿Quién dijera que en él venía Roberto Pérez, el propio hombre-anuncio de los

Almacenes Mundial? Y, sin embargo, era así. ¿Cómo se habían desarrollado los hechos?... Va a saberlo el curioso lector.

Cuando, luego del inesperado disparo, nuestro personaje salió en desesperada fuga de su lugar de trabajo, topóse de manos a boca en la misma puerta de las dependencias del gran comercio con un camión en el que precisamente habían sido cargados los maniqués que el mozo Agustín trasladara a través de aquél.

Fatigado y sudoroso, empuñando aún su pistola (de la que en medio del nerviosismo no podía desprenderse), no se le ocurrió nada mejor que tomar asiento en el gasógeno que a la zaga del coche y unido en "trailer" a éste, le brindaba un lugar de descanso; y apenas llevaba unos minutos en esta cómoda postura cuando el camión arrancó, y él se vio trasladado contra su voluntad, primero por las calles más concurridas, luego por vías menos animadas, y, últimamente, por la carretera enfangada y desierta.

Saltaba el vehículo en baches cada vez mayores, fingían ramas y arbustos, espantables siluetas de monstruos extraños; azotaba el vendaval el rostro del involuntario pasajero, y, para colmo de males, un perro le perseguía, ladrador y fu-

rioso, sin que quien tantos había tumbado en la hipótesis de su exhibición, acertase a encañonarle con la pistola que, por otra parte, se negaba, tenaz, a ser disparada.

Al margen de estas desagradables contingencias, otra, más grave aún, comenzaba a presentársele: el gasógeno iba subiendo de temperatura por instantes y, pese a la crueldad de la noche invernal, laceraba su espalda con un calor tan pronunciado que amenazaba con terminar en quemadura. Hasta que, cuando menos lo esperaba, el camión saltó en un nuevo bache—mínuscula reproducción de un barranco—y el cuerpo de nuestro héroe vulgar salió despedido, para hundirse en la sima negra de un registro de alcantarillas: el mismo por el que momentos antes habían desaparecido los dos "honorables cacos" cuyo diálogo tuvimos el gusto de transcribir.

—Ya está ahí ése — acaba de anunciar uno de ellos.

—Y que es de categoría, porque viene en automóvil — había comentado el otro con la natural satisfacción.

Al llegar a este punto ya las piernas de Roberto se balanceaban sobre las cabezas de los "trabajadores del mal", que se advertían mutuamente:

—Parece que no se decida a bajar.

—Hazle una seña, que a lo mejor no le gusta meterse donde no le llaman.

Obediente a la indicación, el aludido pellizcó en las piernas al recién llegado y éste, bien ajeno a la nueva complicación que la vida le deparaba y sospechando que fuese el can perseguido quien le hacía tales caricias, exclamó para sí con marcada extrañeza:

—¿Por dónde se habrá metido ese perro? — para rectificar a seguido, una vez en el interior de la cloaca, y de frente a sus dos insospechados compañeros de trabajo nocturno—: ¡Pues no era un perro: eran dos "ratas"!

—Permítenos que te demos la bienvenida — silabeó, cortés, el más próximo.

—¿A mí? — replicó Pérez en el colmo de la sorpresa.

—Sí; ya sabemos que tú eres el "Manolete".

—"¿Manolete" y "Bienvenida"?... ¡Me parece demasiado cartel para una nocturna!

—Vienes de buen humor, ¿eh?

—Os equivocáis: vengo "echando humo".

Y no mentía al decir esto, pues la parte posterior de su "chaquet", hecha un puro "chicharrón", despedía un apetitoso olor a carne asa-

da envuelto en la nubecilla blanquecina de una leve humareda.

—Sí; ya sabemos que hace un poco de tiempo que estás quemado.

—Creíamos que ya no venías.

—No perdamos tiempo. Siguenos y mucha vista.

Hacemos gracia al lector, de la excursión, nada apetitosa, a través del subsuelo, y volvemos a presentarle a nuestros personajes al retornar éstos a la escasa luz de la noche invernal en que estos hechos se desarrollaron.

El primero que asomó su cabeza sobre el nivel del jardín, fue Roberto, que luego de levantar la tapa del nuevo registro con la cabeza, se quitó aquélla ceremoniosamente, interrogando:

—¿Se puede?

Antes de que nadie pudiese darle respuesta aquiescente, sus dos cómplices ocasionales le forzaron a saltar a la húmeda arena, por lo que trató de caminar en dirección a la puerta, luego de despedirse de ellos con la más extremada de las cortesías.

—Vaya, tanto gusto y muchas gracias por haberme enseñado esta salida para caso de incendio.

Pero aquellos dos hombres no estaban, por lo visto, dispuestos a dejarle marchar tranquilamente, y le atajaron con la palabra y con el ademán:

—Pero, ¿adónde vas?

—A la calle.

—No, si tu puesto está aquí.

—Además, ¿te has fijado cómo llevas la ropa?

—Por eso. Voy a comprarme un traje.

—Aquí, quietecito. Y si ves que viene alguien, disparas — oyó que le decían con mayor brusquedad que antes.

—Sobre todo — aclararon todavía — procura que no te vea nadie.

Atónito y un poco alarmado — ¡la cosa no era para menos! — observó Roberto que los dos desconocidos comenzaban a trepar hacia una ventana del piso bajo del hotel y pensando aún — ¡oh poder de un ingenio! — que el hecho era meramente fortuito, se creyó en el deber de advertirles:

—¡Cuidado que sois idiotas! ¡Si está aquí la puerta y llamando al timbre saldrán a abrirnos!

Pero recomendándole silencio, los ladrones desaparecieron en el interior del inmueble, dejándole sumido en la más extraordinaria de las confusiones...

Para entretener la espera, decidió recorrer el jardín en diversas direcciones, hasta que un rayo de luz le forzó a decidir:

—Yo me escapo de aquí.

Pensado y hecho. Trepó por los

barrotes de la puerta, y a punto de saltar ya al exterior — ¡desgracia fatal! — se le enganchó la ropa en la campanilla que rompió a sonar escandalosamente. Forcejeó, con lo que sólo hubo de conseguir que los campanillazos fuesen mayores, y terminó por caer nuevamente sobre el suelo del jardín, maltrecho y dolorido.

—¿Qué ha sido eso? — interrogó uno de los desvalijadores asomándose, alarmado, a la ventana en unión de su compañero.

—¿Hay peligro? — inquirió éste.

Roberto, volviéndose muy sereno, hizo alejar de sus mentes toda idea temerosa con una frase feliz:

—No os asustéis. Era el de las cédulas, pero ya le he dicho que no estábamos en casa.

—Este tío es idiota — sentenció el primero.

Y el segundo apostilló, a tiempo que ambos desaparecieron de nuevo:

—Me parece que vamos a tener que darle un escarmiento.

Nueva y desesperada espera. El frío arrojaba conforme avanzaba la noche, hasta hacer exclamar al ladrón a la fuerza, que no había logrado separar la pistola de sus dedos engarabitados:

—¡Lo que yo daría ahora por poder hacer fuego!

Y como si le escuchase, el arma mortífera se disparó y los "cacos", al estampido, disparados salieron también por la ventana, dando con sus reverendas narices en el encharcado suelo.

¿A qué detallar más los incidentes de aquella noche, verdaderamente toledana?... Baste con saber que al hilo de la madrugada, los tres hombres salían, como Dios les daba a entender, de aquel paraje solitario y aterrador, sin que les quedase el consuelo de una retirada tranquila, ya que al iniciarla, advirtieron la llegada del coche de la policía, denunciado a larga distancia por la sirena: veloces como el viento que seguía soplando en un inacabable desfile de pulmonías, los dos tipos decidieron quitarse de en medio y haciendo entrega a Roberto del maletín que del hotel habían sacado, le recomendaron:

—Toma, y ya sabes dónde tienes que llevar eso.

Perdiéronse uno y otro en la distancia, a todo el correr de sus piernas, y el hombre-anuncio, con un gesto de absoluta incompreensión en el rostro, recibió—ya del otro lado del muro—a la policía, la ayudó a abrir la puerta de éste y como se olvidara de recoger el maletín que había dejado en el suelo para mejor maniobrar, lo recibió de manos del agente, que ni por lo más remoto pudo suponer que tenía a su lado a uno de los presuntos asesinos del Gerente de los Almacenes Mundial, que por azar de la fortuna era al propio tiempo cómplice del desvalijamiento de su hotel: porque ¡oh casualidad de las casualidades! — el dueño del inmueble robado no era otro que don Andrés de la Cuesta, lo que motivaba aquella visita del inspector Medina y uno de los agentes a sus órdenes, como consecuencia de los hechos acaecidos en el establecimiento después del disparo y que habremos de relatar a nuestros lectores en el capítulo siguiente.

CAPITULO III

El cadáver desaparecido

—Indíquenos dónde ha sucedido el hecho—había preguntado el inspector Medina, tan pronto traspuso la puerta de los Almacenes.

—Paseen por aquí — respondió, sollocito, el conserje, guiando a los recién llegados que atravesaron la compacta masa de público comentarista del hecho.

Enfrentáronse los tres con la puerta de la Gerencia, y ésta, una vez abierta, ofreció la más inesperada de todas las sorpresas: el cuerpo de don Andrés de la Cuesta, que, minutos antes, habían visto todos derribado en tierra y manando sangre de la mejilla... ¡¡ya no estaba allí!

—¿Dónde está el cadáver?—fue la lógica interrogación del inspector.

Con gesto de asombro, Agustín, fijos sus ojos en el lugar en

que momentos antes le dejara, replicó:

—Allí estaba hace unos minutos.

—¿Cómo que estaba?

—Por lo visto, ha desaparecido.

Agente e inspector cambiaron una mirada de extrañeza, y mientras aquél comenzaba una rápida inspección ocular, su jefe inició, hábil y certero, el interrogatorio del mozo.

—¿Quién cerró aquí después de cometido el crimen?

—Un servidor, para evitar que entrase nadie.

—¿A dónde da esa ventana?

—A la calle Espronceda.

—¿Y esa puerta?

—Al despacho de las mecanógrafas.

—¿Y esta otra?

—A un pasillo que desemboca en la calle del León.

—Convendría saber si en ella había parado algún coche en el momento del crimen.

—Sí, señor. Un camión en el que estábamos cargando los maniqués que la casa envía a la Exposición del traje.

En este punto se hallaba la inquisitiva tarea del celoso policía, cuando el agente que había continuado su inspección, ampliándola a los alrededores del despacho, retornó del pasillo citado, con un dato de positivo valor:

—En el pasillo hay un pequeño reguero de sangre hasta la calle.

La satisfacción del inspector por aquel hallazgo, cuajó en una frase que solía ser como el "leit-motiv" de sus expansiones:

—¡Esto está clarísimo! El cadáver ha sido escamoteado por aquí. Sólo nos falta un detalle: ¿Quién mató al cadáver, antes de ser cadáver, naturalmente?

—Yo sé quién ha sido — afirmó con rotundidad Agustín.

—¿Quién? — inquirió Medina ansiosamente.

—El hombre-anuncio.

De nuevo, el agente, interrumpió el diálogo con una nueva aportación a las primeras actuaciones.

—Aquí hay una bala — anunció inclinándose sobre el suelo, tomándola de él y poniéndola en manos del inspector.

—Es de un seis treinta y cinco —dijo éste, después de examinarla. Y agregó—: Cierre usted esa puerta y aguarde afuera un momento.

Obedeció el subordinado, que quedó confundido con el público y el personal que aguardaba en los Almacenes, temeroso y esperanzado a la vez, el resultado de las primeras investigaciones, y Medina, dirigiéndose a Agustín, que había quedado con él en el despacho, preguntó:

—¿En qué se funda usted para hacer esa acusación?

—En que diez minutos antes del crimen, presencié cómo la víctima reprendía al hombre-anuncio, contestándole éste en tono destemplado: "No me grite usted, porque en cuanto tenga la pistola en la mano, le mato como a un perro".

—¿Qué misión tenía aquí ese hombre?

—Realizar en el "stand" de exposiciones, una exhibición de propaganda de la pistola "PUM".

—Lléveme al lugar en que trabajaba.

—Por aquí, señor inspector.

Instantes después, Medina reconocía con minuciosidad de práctico el pequeño escenario y sus alrededores, y descubría en la pared divisoria de los Almacenes y la Gerencia, un orificio que bien podía

corresponder a un proyectil disparado por el hombre-anuncio desde su bicicleta.

Volvióse al agente y, empleando otra vez su frase favorita, díjole:

—¡Esto está clarísimo! Ya tenemos al autor del crimen.

—Me permito advertir a usted —creyóse en el caso de puntualizar el subordinado— que el hombre-anuncio no disparaba: accionaba solamente con una pistola detonante a la que en modo alguno puede corresponder la bala hallada.

El inspector defendió su punto de vista:

—Pero su orificio de entrada está aquí.

Sió darse por vencido el agente replicó:

—Piense usted que pudo ser él quien disparase y el que matase, otro.

—De todas formas, hay que detenerle—. Y volviéndose a Agustín, el conserje, inquirió: —¿Dice usted que unas mecanógrafas vieron huir a ese individuo a raíz del disparo?

—Así me lo manifestaron—contestó el interrogado.

—Bien. Necesitamos una fotografía suya a la mayor brevedad.

Diciendo estas palabras, descendió Medina del "stand" e iba a trasponer de nuevo la puerta del despacho en que el suceso habíase

originado, cuando una de las mecanógrafas de la casa —Inés era su nombre—, rubia y agraciada, interponiéndose en su camino, le abordó:

—Yo quiero hacer una manifestación, señor inspector.

—Diga usted.

—En el momento del crimen no estaba don Andrés solo en su despacho.

Las palabras de Inés cayeron en el silencio de los Almacenes tal que piedras en un lago, y, como éstas, abrieron anchas ondas de expectación en todos los presentes, clavando en el rostro de Luis y Salvador, allí presentes, una interrogación angustiosa.

—¿Quién estaba con él?

—Un empleado de la casa.

—¿Quién era ese empleado?

—Preferiría decirselo a solas.

—Entre usted conmigo, señorita —resumió el celoso funcionario, cediéndole el paso.

Una vez acomodados ambos en el interior del despacho, fué reanudado el interrogatorio con unas gentiles palabras del policía.

—Siéntese, señorita, y tranquilice sus nervios. ¿Quién era ese empleado?

—Luis Vives, el cajero, al que todos vimos salir del despacho inmediatamente después del disparo,

desencajado y con una pistola en la mano.

—¿Eso es todo?

—No, señor. Hay más. Antes de penetrar en este despacho, Vives dijo a su novia que saldría real con el Gerente y que estaba dispuesto a todo, entrando acto seguido y en forma violenta.

—Muchas gracias por su aportación, señorita, y aguarde usted por si me es precisa alguna aclaración.

—Esperaré en nuestra oficina— concluyó Inés levantándose y dirigiéndose a su despacho.

Medina, por su parte, abrió la puerta de comunicación con los Almacenes, e interrogó con voz y tono autoritarios:

—¿Hay alguno entre ustedes que se llame Luis Vives?

—A sus órdenes, señor inspector — dijo, destacándose del grupo, el aludido.

—Pase un momento.

Entonces, ocurrió algo inesperado. El agente se aproximó a Medina y le dijo al oído, al tiempo que ponía en sus manos un arma de fuego:

—Ese individuo — y al decirlo señalaba a Luis — tenía en su poder esta pistola.

Una sonrisa enigmática dibujóse en el rostro del inspector, que respondió sencillamente:

—Ya puede salir el público. El personal de la casa que aguarde.

Y tras estas palabras, cerró la puerta del despacho y se encaró con el cajero.

—¿Usted se encontraba en este lugar al ser cometido el crimen? —inquirió.

—Hablaba con la víctima cuando ésta cayó a tierra — respondió el acusado.

—¿Hablaba simplemente o discutía con ella en tono violento?

—Solicitaba justicia, señor inspector.

—¿Acerca de qué extremo?

—De una acusación injusta que el Gerente había efectuado contra mí en relación con determinadas anomalías en esos libros — y al decirlo señalaba los que, mudos testigos de los hechos, estaban todavía sobre la mesa.

Medina, hombre habituado a las evasivas de los delincuentes, se inclinó sobre aquéllos y los examinó con rapidez, comentando acto seguido con un gesto comprensivo:

—Raspaduras...

Sin solución de continuidad, como si quisiera asegurar la exactitud de la respuesta en la rapidez de la pregunta, lanzóle al rostro esta interrogación:

—¿Reconoce usted como suya esta pistola?

Luis miró con calma la que mo-

mentos antes le había arrebatado el agente, al intentar pasársela a Salvadora, su novia, y respondió muy sereno:

—Sí, señor.

—¿Sabe usted de qué calibre es?

—Del seis treinta y cinco. La poseía legalmente, por el cargo que desempeñe en la casa, aun cuando no la he utilizado jamás.

Con acentuada sonrisa irónica, hubo de interrumpirle el inspector:

—¿Está usted seguro de no haber disparado con ella nunca?

—¡Nunca! — fué la respuesta tajante y firme de Luis.

—Es decir, que la cápsula que falta se ha disparado sola, ¿no?

—¡Cómo!... ¿Pero falta una cápsula?

Al asombro — ¿real o fingido? ¿quién podría saberlo! — del contable, respondió la cachazuda sorna del policía:

—¡Demasiada ingenuidad la suya!

Un breve instante de pausa en el que pudo advertirse claramente el aplastamiento espiritual de Luis; y la voz de su acusador sonó de nuevo con tono inquisitivo:

—Cuando usted vió caer al Gerente, no acudió a auxiliarle, ¿verdad?

—Yo, señor, corrí aterrado a la puerta para pedir auxilio.

—Y salió usted desencajado y con esta pistola en la mano, ¿no es cierto?

—No sé. Acaso, en el acaloro del momento, la empuñase, pero, desde luego, puedo jurarle que yo no disparé.

—Está bien; nada más por ahora — dió por terminado el interrogatorio Medina, que, abriendo la puerta de comunicación con los Almacenes, manifestó confidencialmente al subordinado que le acompañara:

—Esto se complica, porque también el cajero parece el autor del crimen.

—¡Cuando yo le dije a usted!...

—En fin; que dé la vuelta el coche y me espere por la puerta de las dependencias.

Y dirigiéndose a Luis que, abatido, aguardaba, añadió ordenancista:

—¡Vamos!

Las pisadas de ambos resonaron firmes en el silencio hondo y ancho, preñado de dramatismo; y allá, a lo lejos, en el fondo del gran salón, una mano blanca agitose en el aire en señal de despedida, como el ala de una paloma, presagio de ayuda y nuncio de esperanzas.

CAPITULO IV

El ex Comisario Vargas

—Esto está clarísimo — fué la primera frase que el inspector Medina pronunció después de verificada la inspección ocular en el hotelito desvalijado, y agregó con gesto de cansancio—: Y por esta noche, ya está bien; me parece que nos hemos ganado unas horitas de descanso.

Partió veloz el coche y los dos hombres, en silencio, comenzaron a pasar revista a sus más inmediatas sensaciones, entre las que destacaban tres, muy acusadas: una el hallazgo en el jardín de la pistola abandonada por Roberto Pérez y cuyo calibre coincidía con el de la encontrada en poder de Luis Vives; otra, la existencia de huellas de sangre en la tierra húmeda; y una tercera, más concreta todavía: la reaparición de las pisadas del hombre-anuncio en los alrededores del

hotel, signo indudable de su participación en el hecho delictivo, íntimamente ligado al parecer, con el asesinato perpetrado en los Almacenes Mundial.

Dejemos al inspector y al agente camino de su bien ganado reposo y trasladémonos con la rapidez del pensamiento al interior de otra villa, más lujosa y confortable, situada también en los alrededores de la ciudad, aunque al extremo opuesto de ella.

En una amplia habitación de estar, mitad despacho y mitad salón, ardían, crepitantes, los leños que alimentaban el fuego de una soberbia chimenea, sobre cuya repisa un reloj marcaba las dos de la madrugada, y no lejos de la cual, un anciano de venerable y señorial aspecto, dormitaba, sentado en un coche-sillón de inválido, caído un

libro abierto sobre las piernas que desaparecían entre los pliegues de una gruesa manta.

Eleváronse en el silencio de la noche las dos campanadas, y el nuevo personaje, despertando sobresaltado, llamó con inquietud:

—¡Salvadora! ¡Salvadora, hija!

Sin el eco de una respuesta, su estupor subió de punto y comentó para sí:

—¡Las dos de la mañana y sin haber vuelto a casa! ¿Qué le habrá ocurrido a esa criatura?

En aquel preciso instante, chirrió la llave en la cerradura, inundóse de luz la habitación, en penumbra hasta entonces, y rápida, con ansia de derrumbarse en los brazos paternos, Salvadora Vargas, la mecanógrafa de los Almacenes Mundial, traspuso el espacio que mediaba entre la puerta y el sillón y sollozó, angustiada, besándole la frente:

—¡Papá!

—¿Qué te sucede, nena?—acudió a ella la tierna solicitud del anciano.

—¡Qué desgracia tan grande, papáito!—insistió, enigmática, la muchacha.

Y sereno, pausado, con la tranquilidad de quien está hecho a enfrentarse con las más difíciles si-

tuaciones, el padre, acariciándola, trató de calmarla:

—Vamos, vamos, no me asustes. Serénate y cuenta.

En frases entrecortadas y llenas de emoción, Dorita puso al autor de sus días en antecedentes de todo lo ocurrido, sin omitir el interesante diálogo que vamos a transcribir y que tuvo por escenario el despacho del Inspector Medina, hasta el que, visitándole en la Comisaría, hubo de llegar en sus amorosas ansias la atribulada muchacha.

—¿Qué es lo que tiene usted, que decirme?—la preguntó el Policía, al recibirla con su amabilidad de siempre.

—Algo que acaso pueda encerrar extraordinaria importancia. Esta tarde, como media hora antes del suceso llegó a ver al Gerente, al que le unía gran intimidad, una señorita de aspecto vistoso, que, según parece, acababa de hablar con él por teléfono.

—¿Cómo sabe usted eso de la intimidad?

—Lo deduzco del tono en que le hablaba don Andrés.

—Siga usted.

—El no quería recibirla, pero ella lo consiguió afirmando que habría de oírle por las buenas o por las malas.

—¿Duró mucho la entrevista?

—Unos diez minutos, sobre poco más o menos.

—¿La vió usted salir del despacho?

—Sí, señor; y lo hizo nerviosamente, arreglándose el peinado y apretando el bolso contra el pecho.

—¿La vió ella a usted?

—Sí. Y le pregunté si había conseguido hablar, por fin, con don Andrés. Me respondió afirmativamente, añadiendo que no se iba de vacío.

Hasta aquí, la conversación había deslizado por los cauces de la más absoluta normalidad. Sólo en este punto, Medina, mirando fijamente a la muchacha, dijo:

—Usted es la novia del detenido, ¿verdad?

—Sí, señor — respondió ella, creyendo adivinar un rayo de esperanza, que bien pronto se desvaneció, al continuar el Inspector de este modo:

—Y por lo tanto, tiene usted mucho interés en que respaldezca su inocencia.

Sintió Salvadora que la sangre se le agulpaba al rostro ante la exagerada suspicacia, y levantándose de golpe, cortó así la entrevista:

—Naturalmente, señor. ¡Buenas noches!

—¡Vaya usted con Dios, señorita!

Atravesó el despacho con paso

firme, y desapareció, cruzándose con el agente, que, una vez cerrada la puerta tras de la muchacha, hizo entrega a su jefe de un pliego del que era portador, a punto que le decía:

—En la caja de caudales encontré este sobre.

Tomólo Medina, lo examinó y dijo con extrañeza, después de leer las líneas en él escritas:

—¿Señor Juez de Guardia?

A seguida, extrajo de su interior, una hoja de papel comercial con el membrete de los Almacenes, y leyó en alta voz con asombro creciente:

“Señor Juez de Guardia. La crítica situación por que atravieso y la dolencia crónica que me aqueja, me obligan a tomar una resolución extrema. No se culpe a nadie de mi muerte.”

Las miradas de los dos policías se cruzaron en una mutua interrogación, que el superior de ambos dejó flotando en el aire con estas palabras tan características en él:

—¿Sin fecha y sin firma?... ¡Pues no está esto tan clarísimo!...

* * *

Todo ello (menos el último episodio que le era totalmente desconocido) fué explicado con minuciosa prolijidad por Salvadora, a

quien su padre respondió, inalterable:

—¿Eso es todo lo ocurrido?

—¿Te parece poco? —silabeó ella, extrañada.

—Me parece menos complicado de lo que tú crees.

La muchacha, en su afán de exculpar a su novio, declaró:

—Pero Luis es inocente: yo estoy segura de ello.

—Sin embargo, en principio, todos le juzgarán culpable. La inocencia no basta que sea real: hay que demostrarla.

—¿Y quién podrá conseguirlo? —desesperó.

Con íntima ternura, acariciándole los cabellos, la animó el anciano:

—Tu papaito bueno, que, si no te sirviera para eso, ya no te serviría para nada.

—¿Tú?

—Sí, pequeña. ¿Te olvidas de

que aun no hace muchos años, todavía era famoso en España el Comisario Vargas?

—Es verdad. Hasta que aquel maldito accidente, te dejó en la situación física en que hoy te ves.

—Que no imposibilita la deducción, arma invencible en estos casos. De modo que, aclárame algunos puntos oscuros del hecho, y ya verás cómo, sin moverme de este sillón, el *Sherlock Holmes* español, que es como cariñosamente me llamaban...

Salvadora no le dejó terminar: se abrazó a él fuertemente y rompió a llorar, esta vez de ilusión y de alegría.

El ex Comisario Vargas, honor de la policía española en otros tiempos, sintióse remozado, rejuvenecido, y con más ansia que nunca, dispúsose desde aquel momento a disipar hasta la última sombra que envolviese el misterioso suceso.

CAPITULO V

Peláez, policía particular

Cuando Roberto Pérez, destrozada la vestimenta y chamuscadas las carnes, abandonó los lugares en que el destino había querido complicarle en un segundo hecho delictivo, fué protagonista de una serie de incidentes callejeros que muy pintorescos aisladamente, no guardaban en conjunto relación estrecha con el que es eje y nervio de la presente historia.

Uno de ellos dióle a conocer la posesión en que se encontraba de una respetable suma de dinero, que le permitió, para despistar, adquirir un bien cortado traje con el que, metamorfoseado, fué a parar a una elegante peluquería, los servicios de uno de cuyos dependientes acabaron de realizar el milagro de convertirle en un apuesto y cumplido caballero.

Terminaba de levantarse del sillón que es, no pocas veces, potro

de suplicio, cuando un parroquiano recién entrado en el salón, se le quedó mirando con fijeza, a la vez que exclamaba:

—¿Cómo, Peláez? ¿Usted por aquí? Si yo le hacía todavía en París...

Nuestro hombre abrió desmesuradamente los ojos, acentuó aún más el gesto de simpleza y bobería que le caracterizaba, y tratando de deshacer el error en que aquel caballero incurría, balbució:

—No, pere si yo no...

Pero el recién llegado, tosudo, hubo de insistir:

—Calle, hombre. Ahora recuerdo que después de descubrir el robo de mis alhajas, vino usted trasladado a Madrid.

Nuevo intento de atajar al que así hablaba, y nueva insistencia de éste:

—¡No me diga usted nada! De

sobra conozco su modestia, pero, quiéralo o no, yo, en todas partes he de proclamar su valía.

Y uniendo la acción a la palabra, echóle el brazo por encima del hombro, y le presentó a todos los circunstantes con estas frases diti-rámicas:

—Este hombre es el primer policía particular del mundo: Peláez. ¿Quién no ha oído hablar de Peláez?

—¡Yo!—afirmó con toda la seriedad de que era capaz el infeliz Roberto, que, en efecto, escuchaba por vez primera en su vida el susodicho nombre.

—Veo que sigue usted tan bromista como siempre—concluyó el equivocado, poniéndose a la disposición de uno de los oficiales.

Aun no se había extinguido la sorpresa que en el hombre-anuncio originase la inesperada escena, cuando una de las manicuras que, como todos, había tenido que fijar en él su atención, se le aproximó sonriente, ofreciéndole:

—El señor ¿va a "hacerse" las uñas?

—¡Sí yo las tengo hechas desde que nací!

—El señor es tan ocurrente como buen detective.

—¡Ah!... ¡desde luego!—replió sonriente, convencido de lo ro-

tundo del aserto, el bueno de Pérez, dejándose conducir por la muchacha, en cuyo rostro hubiera identificado cualquier buen fisonomista a Marité, la visitante de los Almacenes Mundial en la tarde anterior, la misteriosa dama del turbante rojo de tan extraña intimidad con el Gerente asesinado.

—¿La mano, caballero?—demandó la manicura.

—Cómo cambian los tiempos, ¿verdad?—respondió la magnífica simplicidad de Roberto—. Antes, la petición de mano la hacía siempre la familia del hombre.

En este tono de risueña despreocupación, proseguía el diálogo, cuando la radio que amenazaba la aridez de las horas en la peluquería, anunció una noticia sensacional de última hora, y la voz del locutor, pastosa y bien timbrada, dejóse oír en esta forma:

“Un robo ha sido llevado a cabo durante la noche última en el hotelito que en la carretera de Francia poseda don Andrés de la Cuesta, Gerente de los Almacenes Mundial, asesinado ayer tarde. La policía sigue de cerca a los ladrones.”

¿Se extrañarán nuestros lectores de que el más acusado nerviosismo hiciera presa en los dos personajes —la manicura y Roberto—, que, cada uno desde distintos puntos de

vista, tan ligados se hallaban al hecho en cuestión?

Lo que acaso si les extrañe es que a las galanterías del parroquiano, la manicura respondiese con estas palabras:

—Desearía que hablásemos a solas, porque yo sé *quién es usted*.

Pálido y desencajado, Roberto respondió, totalmente a la deriva:

—¿Qué sabe usted?... Entonces ¿usted sabe lo de...? ¿Y lo otro de...?

—Lo sé todo, *señor Peláez* — insistió Marité, más despistada todavía.

Y entonces, consciente del despiste de su interlocutora, concluyó Pérez respirando fuerte:

—¡Ah, vamos! Bien: pues tengo mucho gusto en invitarla a almorzar. A la una y media la esperaré donde usted me indique.

—Desearía que almorzásemos en un sitio en el que no hubiese testigos—insinuó ella.

—¡Ah! ¡Eso es muy fácil! — prometió él.

Y, en efecto, lo era: porque dos horas más tarde, encontrábanse almorzando ambos ¿dónde diréis? En una barquita perdida en la inmensidad del mar, sin más testigos que Dios y alguna gaviota que otra.

Ante ellos, Marité desveló a su anfitrión el secreto de su verdadera personalidad.

—Yo era la novia de don Andrés de la Cuesta. Hablé con él momentos antes del crimen, y trasládeme por su mandato determinada cantidad de billetes al hotelito desvalijado anoche.

—¿Y qué es lo que quiere usted de mí?—interrogó el supuesto Peláez.

—Ante todo, que recupere usted esa suma.

Decididamente la Providencia se ponía de su lado, por cuanto lograr tal recuperación le era de absoluta facilidad, toda vez que el maletín en que se hallaba depositada, permanecía aún en su poder. No es, pues, extraño que contestase:

—¡Ah! ¿Nada más que eso?

—¿Le parece a usted poco?

—No sé cuánto es, pero me parece poquísimo.

—¿A tanto llega su habilidad?

—Cuestión de minutos.

Desembarcó, emprendió veloz carrera y retornó media hora después con el maletín, que puso en las manos de Marité.

—Tenga usted — dijo ésta, al propio tiempo que le ofrecía unos billetes como menguado premio a tan rapidísimo servicio policíaco.

—¿Esto qué es?—interrogó Roberto.

—Un pequeño recuerdo por su trabajo.

Rechuzándolo con dignidad, aclaró:

—De ninguna manera, Marité. Yo prefiero que usted guarde una buena memoria de mí.

—Pero...

—Nada, nada. Que prefiero las memorias a los recuerdos.

Y fué tan rotundo y decisivo el tono, pese a lo festivo de la frase,

que la manicura no se atrevió a insistir. Bien que, con habilidad suma, extrajo del interior del maletín una cartera y colocando en ella varios cientos de pesetas, la introdujo en el bolsillo del abrigo de *Peláez*, *policia particular*, mientras Roberto Pérez, entusiasmado, la miraba con ojos de carnero a medio marir.

CAPITULO VI

Atando cabos

El ex Comisario Vargas estaba entregado febrilmente a su tarea, y como la única fuente de sus deducciones, era todo aquello que su hija Salvadora le manifestaba, dialogaba con ésta, apasionadamente.

—Yo digo— aclaraba la chiquilla, poniendo en sus palabras el máximo empeño— que cuando entró a hablar con él, lo hizo muy nerviosa, y cuando salió, me dijo que no se iba de vacío.

—Esa frase es sospechosa— comentó, pensativo, el antiguo policía—. ¿Recuerdas claramente que apretaba el bolsillo contra el pecho?

—Desde luego. Puedo asegurártelo.

—Bueno, bueno, pero vamos a cuentas. Cuando tu novio entró por segunda vez en el despacho ¿estaba vivo el Gerente?

—Eso dijo Luis.

—Y tú— al preguntar esto puso Vargas en la voz y en el gesto toda la intención de que era capaz— ¿le crees?

—En absoluto.

—Entonces, esa mujer puede haber sido la autora del crimen. Descartada esta pista. Vamos con otra. La máquina de escribir que había en el despacho de la Gerencia, ¿de qué tipo es?...

* * *

Locutorio de la cárcel. Ambiente lóbrego y sombrío, encuadrado por la doble reja que dice de remordimientos y renunciaciones.

—¡Dorita! ¡Chiquilla! — sollozó Luis, queriendo dar a su novia unos ánimos que a él le faltaban ciertamente.

Y la muchacha, con insólita en-



Si viajas en bicicleta,
sin pistola no debes ir...



--¿Usted qué hace aquí, pedazo de idiota?



...bromeando con Carmen y Clotilde...



...recibió una sonora bofetada...



¿Qué había ocurrido entre aquella mujer extraña y el gerente de los Almacenes Mundial?



no se le ocurrió nada mejor que tomar asiento en el gasógeno...



...sospechando que fuese el con perseguido quien le hacía tales
cosillas...



El primero que asomó su cabeza sobre el nivel del jardín...



—Pero, ¿adónde vas?
—A la calle.



—De modo que, aclárame algunos puntos oscuros del hecho,
y ya verás...



—Antes, la pérdida de mano lo hacía siempre la familia del hombre.



—Tú te fuiste en popó. Él y yo te salvamos.



—Yo soy Felúez.



—¿Qué sucedió entre usted y él en su última entrevista?



—A sus órdenes, señor gerente.



...cayó envuelto en escombros...

tereza, respondió poniendo el alma en los labios:

—¿Luis!

—¡Vamos, vamos, neña, tranquilízate! Nada malo puede pasarme, porque soy inocente.

—Es verdad; tienes razón. Es que soy tonta. Escucha: papá ha empezado a estudiar el asunto.

—¿Y qué?

—Que necesita unos datos que sólo tú puedes proporcionarme.

—¡Habla!... ¡Dime!...

En el silencio del locutorio, sólo turbado por los pasos rápidos y breves del oficial de Prisiones, el diálogo se desarrolló a media voz, rápido y preciso.

—Ante todo es necesario que recuerdes todos los detalles de aquel momento.

—Pregúntame tú misma.

—¿Estás seguro de que no fué don Andrés quien se disparó a sí propio?

—Segurísimo—. La firmeza del tono dejó paso bien pronto a una duda vacilante—. Es decir... aguarda...

—En la caja de caudales apareció una carta escrita a máquina que permite admitir la hipótesis del suicidio.

Recordando con visible esfuerzo, Luis Vives puntualizó:

—Sí, claro: cuando yo entré, estaba sentado a la máquina, escri-

biendo. Se levantó, metió el pliego sin firmarlo en un sobre...

—¿Qué pasó después?

—Lo que ya sabes: que discutimos, que me acaloré...

—¿Y qué más?

—Que sonó el disparo y que aquel hombre cayó a tierra.

—¿Cómo estabais colocados en aquel momento?

—Yo, entre la caja de caudales y la puerta que da a los Almacenes; y él detrás de la puerta de la caja, que estaba adierta.

—Es decir, que tú no le veías totalmente...

—Claro.

—¿No pudo entonces, al estar cubierto por la puerta de la caja, suicidarse?

—No sé...

Ahora fué la duda la que se desvaneció ante la firmeza de nuevas afirmaciones.

—Lo que sí puedo asegurarte sin miedo a error, es que el disparo no sonó tan próximo, ni se notó olor a pólvora, ni se percibió la nubecilla de humo inevitable; y que al caer el cuerpo a tierra, no cayó arma alguna; o al menos—y aquí volvió a presentarse la vacilación—yo no la vi.

—En suma, Luis, que crees y no crees.

El oficial de Prisiones intervino,

doblemente respetuoso con la consigna y con los que dialogaban.

—Les queda un minuto de conversación.

—Sí, sí; ya terminamos.

—¿No recuerdas nada más?

—Sí, espera...—Y tras unos segundos de tortura mental, concluyó, desalentado—: ¡No puedo recordar nada más!

—¿Vamos? —interrogó el oficial.

—Ten fe en papá. El y yo te salvaremos—aseguró Salvadora.

—¡Adiós, nena! Dale un abrazo al viejo—se despidió Luis.

La entrevista había terminado.

* * *

Otra vez juntos, padre e hija, en posesión ya aquél de los datos necesarios, el diálogo se reanudó, torneo de preguntas y respuestas, concretas unas y otras, como los ataques y las paradas de un asalto de esgrima.

—¿En el despacho de la Gerencia había algún perchero?

—Sí; en este lugar —y señaló con el dedo en el plano que Vargas tenía delante de sí para auxiliarle en el trabajo.

—Don Andrés, ¿dejaba allí el sombrero y el abrigo?

—Siempre.

—¿Lo habría dejado, por lo tanto, la tarde del crimen?

—Como todos los días.

—¿Tú recuerdas si, cuando entrasteis, después de cometido aquél, las prendas estaban en el perchero?

—Desde luego.

—Y cuando volvisteis a entrar, una vez desaparecido el cadáver, ¿según todavía allí o habían desaparecido también?

—En eso sí que no me fijé, papá.

—¿Qué clase de calefacción hay en aquel despacho?

—La general de los Almacenes; pero en estos últimos días, a consecuencia de una avería en el radiador, funcionaba una pequeña estufa eléctrica.

—Tú me has dicho varias veces que don Andrés era hombre cuidadoso en extremo.

—En efecto.

—Siéndolo, se preocuparía de desconectar por sí mismo el aparato, antes de abandonar el despacho.

—Lo has adivinado.

—¿Puedes decirme si la estufa estaba encendida en esa última entrada vuestra?

—Tampoco lo puedo precisar.

—¡Qué lástima! La caja de caudales ¿dónde estaba colocada?

Nuevamente el dedo de la mu-

chacha designó un lugar sobre el plano.

—En este rincón.

—Perfectamente. Y la pared por donde entró la bala, si el que disparó fué el hombre-anuncio, está aquí, ¿no es eso?

La vista de Salvadora se clavó en el punto que ahora indicaba su padre.

—Eso es—afirmó su boca, como consecuencia de la comprobación.

—Pues, hija mía, yo lo siento mucho, pero sin tu ayuda decisiva, no puedo seguir adelante en mi trabajo.

—Dime qué he de hacer — fué la respuesta sencilla y serena de la atribulada mecanógrafa.

—No sé si te atreverás, porque es peligroso y difícil.

—Yo me atrevo a todo con tal de salvarle a él. Habla.

Hubo unos segundos de silencio,

al cabo de los cuales, la voz de Vargas tornó a sonar persuasiva.

—¿Tendríais medio de introducirte en los Almacenes durante unos minutos?

—Creo que sí. Agustín, el mozo que queda al cuidado de ellos, me distinguió siempre con sus atenciones. No parecía, tampoco, enemigo de Luis. Es más: él asegura que quien disparó fué el hombre-anuncio.

—Pues es preciso, hija mía, que entres en el despacho, que veas si hay alguna ropa en el perchero, que te asegures del extremo relativo a la estufa, y además...

Las falsas explosiones de un auto que pasó frente al hotelito, impidieron oír el final de la frase. ¿Qué nuevo esfuerzo solicitaría Vargas de su hija?... He aquí un enigma que brindamos al curioso lector.

CAPITULO VII

Otra vez el Hombre-anuncio

Las continuadas peripecias que desde el momento de su huida de los Almacenes, acontecieron al pobre Roberto, tenían que dar su resultado. Y, en efecto, al día siguiente de su almuerzo con Marité en pleno Océano, podía vérsela sepultado bajo un promontorio de mantas, en la modesta habitación de la casa de huéspedes que le albergaba, estornudo viene y tiritona va.

La visita—interesada desde luego—de uno de los compañeros de pensión, estudiante de medicina, habíale puesto, por lo menos, en camino de mejoría, por cuanto aquél había tenido la gentileza de proporcionarle un frasquito de comprimidos de Pantopón, aconsejándole que para hacer desaparecer el torturante dolor de cabeza que le aquejaba, tomase una de aquellas

grajeas al levantarse y otra al acostarse.

Pero he aquí que la estulticia de que nuestro personaje daba buenas pruebas, cada vez que de ello tenía ocasión, salió aquí también a relucir, ocasionándole una nueva complicación de carácter mitad macabro y mitad grotesco.

Acaeció que para reducir a la obediencia a un aparato de radio, rebelde a la voluntad del enfermo y que no permitía a éste acogerse al apetecido reposo, se tiró de la cama tres veces y otras tantas volvió a reintegrarse al lecho, creyéndose en la obligación de observar con tal escrupulosidad la prescripción facultativa, que ingirió nada menos que ¡seis! comprimidos del potente somnífero. Y consecuencia natural de ello fué que, entre hostezos y lasitodes, estuviese a punto

de caer redondo al suelo, cuando por conducto del "Botones" de la peluquería en que Marité prestaba sus servicios, llegó a sus manos una carta de ésta concebida en los siguientes términos:

"Amigo Peláez: Necesito verle urgentemente. Venga sin pérdida de tiempo al Bar Canarias. Su amiga Marité".

El pseudo-policia vistióse a la máxima velocidad que le consintieron sus mermadas facultades y echóse a la calle. Pero... ¡aquí vino lo bueno!, porque atacado de un sueño invencible, comenzó a dar la sensación de un beodo, y hasta se encontró a punto de ser atropellado por un auto veloz que fué en rápido viraje a aplastar a "Jaimito", un infeliz chuchó que paseaba inocentemente de la mano de su anciana y estrafalaria dueña.

Roberto, incapaz de seguir su camino, tumbóse en un banco de la amplia avenida, en que tan grave peligro habíale rondado, y a los pocos minutos, dormido como un tronco, se deslizaba desde lo alto de aquél hasta el suelo, en el que continuaba bajo los efectos de su "pantoponización" y sin darse cuenta de nada.

Entretanto, la desconsolada dueña del perrito, que cien metros más allá lamentaba el inesperado fin de su fiel compañero, solicitaba desde

un poste telefónico comunicación con la Comisaría y lanzaba la siguiente demanda:

—Mire: mi pobre Jaimito acaba de ser atropellado por un automóvil que lo ha matado. Su cadáver está expuesto a la curiosidad pública.

Y al otro extremo del hilo, una confusión perfectamente explicable dado el tono en que la señora se expresaba, determinaba un aviso a las ambulancias para que el cadáver que suponían de un ser humano, fuese recogido y conducido al Depósito Judicial.

Como así hubo de ocurrir. Y he aquí que el hombre-anuncio de los Almacenes Mundial, supuesta víctima del atropello, reposó en la fría sala del establecimiento citado, levantando, al serle registradas las ropas y aparecer en ellas la cartera que Marité le introdujese en el bolsillo el día antes y que contenía la documentación de don Andrés de la Cuesta, una polvareda tal de comentarios que puso en vibración teléfonos, en conmoción centros oficiales y en vilo a unas docenas de personas que, por unos instantes, creyeron a pies juntillas el hallazgo del cadáver tan misteriosamente desaparecido cuarenta y ocho horas antes.

Claro que el error se desvaneció bien pronto, dando paso a una nue-

va complicación alucinante; pues no habría transcurrido una hora desde su ingreso en el Depósito Judicial con el trámite lógico de ser fotografiado en estado de cadáver, cuando Roberto, pasados los efectos del pantopón, se incorporó en la helada mesa, dirigió una mirada de espanto en torno suyo, y envolviéndose en la sábana que le cubría, emprendió veloz carrera, hasta dar con el conserje del local que, privado de conocimiento ante la macabra aparición, brindó al su-

puesto fantasma medio de cubrir sus desnudeces, y oportunidad de retornar a la paz de su modesta alcoba, en la que el revuelto lecho le aguardaba.

Entretanto, las prensas volvían a gemir con la inesperada noticia, que al día siguiente se narraría en las hojas volanderas bajo llamativos titulares:

"Vuelve a desaparecer el cadáver de la víctima del crimen de los Almacenes Mundial".

CAPITULO VIII

Una aventura extraña

Cuando Agustín, el mozo que quedaba durante la noche al cuidado del gran comercio, vió entrar en él por la puerta de servicio a Salvadora Vargas, no pudo contener un gesto de extrañeza.

—¿Usted aquí, señorita Dora? —la interrogó.

—Sí, Agustín —respondió ella, aclarando acto seguido—: Necesito pedirte un favor de vida o muerte para mi novio.

Encogióse de hombros el aludido y concedió:

—Pase usted y dígame lo que sea.

Desaparecieron los dos en uno de los despachos que tan amargos recuerdos suscitaban en la muchacha y en él continuaron su diálogo, que debió tener capital importancia, por cuanto pudo oírse a Agustín pronunciar, balbuciente, estas palabras:

—Señorita... Eso que me pide usted es muy comprometido.

—Piensa que de ello depende tal vez la libertad de Luis.

—No, no: si yo nunca he tenido duda de que don Luis es inocente, pero...—dudó todavía el guardián.

—¡Por tu madre, Agustín!—suplicó Salvadora.

Y, al cabo, vencido por lo angustioso de la petición, hubo de acceder él, pronunciando esta frase, a tiempo que le franqueaba el acceso al despacho de la Gerencia en que el sangriento suceso había tenido lugar:

—Vaya, sea como usted quiere. Pero se irá en seguida, ¿verdad?

Mientras Salvadora lleva a feliz término las investigaciones necesarias al genio deductivo de su buen padre, vamos nosotros a curiosar un poco en el recinto de los Almacenes que conocimos, llenos de pú-

blico, y que hoy encontramos solitarios bajo la luz lechosa de algún foco encendido por excepción.

El escenario en que Roberto efectuaba la exhibición de su inofensiva pistola mostraba bien a las claras la precipitación con que aquel huyera; y otros mil detalles jalonaban la trayectoria de la escapada. Por lo demás, todo continuaba lo mismo que en el atardecer trágico.

Es decir, todo no: porque allá al fondo, junto a la sección de juguetes, y no lejos de la gran escalera que conducía a los pisos superiores, había algo que no había sido testigo de la gran revuelta: este algo eran los maniqués que, precisamente, la tarde del suceso fueron transportados al camión que dos días después los devolvía a su punto de origen, por disposición policiaca, que creía encontrar una sospechosa relación entre la partida del vehículo y la coincidente desaparición del cadáver de don Andrés de la Cuesta.

La descarga habíase efectuado minutos antes de nuestra rápida ojeada al gran salón, sin que Agustín, aun bajo los efectos del drama, se diese cuenta de que el mozo que le ayudaba, no muy avispado de suyo, había introducido en los Almacenes un maniquí más de los que de él salieron: éste, con el clá-

sico atuendo de los detectives de novela y película y con un rostro que reproducía fielmente las facciones de Roberto Pérez, el traído y llevado hombre-anuncio. Acaso la amorante presencia de dos agentes, fuese también parte principal en esta omisión lamentable, que había de complicar todavía más los hechos.

Terminada la tarea de reintegrar los maniqués a su punto de partida, uno de los agentes referidos comunicó por teléfono con el inspector Medina y entre ambos se cruzaron las siguientes frases:

—Hemos terminado la descarga con toda normalidad.

—¿Ha observado usted algo extraño?

—Sí. Con los maniqués venía un cajón de regular tamaño, que me infunde sospechas.

—Bien. Ordene usted que lo lleven al despacho de la Gerencia, donde yo iré a reconocerlo.

No es extraño, pues, que a los pocos minutos de la entrada de Salvadora en los almacenes, éstos se conmovieran con el estridor próximo de la sirena del coche policiaco, que conduciendo en su interior a Medina, se aproximaba veloz.

—Vamos a ver esos muñecos— dispuso, apenas descendido del vehículo.

—El cajón fué transportado a la

Gerencia como usted ordenó—puso en su conocimiento el agente.

—Luego iremos allí—concluyó el primero de los dos hombres, mientras se dirigían al interior de los Almacenes.

Una vez enfrentado con los maniqués, y después de reconocerlos, como quiera que su acompañante le hiciese notar que no tenían nada de extraordinario, respondió, encarándose con el que reproducía la figura y el rostro del hombre-anuncio:

—Como no sea la fealdad de algunos; porque éste, por ejemplo, es horrible.

El agente se creyó en el caso de reiterar la opinión de su jefe.

—¡Qué imaginación la de los artistas, porque yo no creo que pueda haber un hombre con una cara tan rara!

Rieron ambos a dos cuanto les pareció oportuno, y dirigieron acto seguido al despacho de la Gerencia, donde el mozo Agustín desclavó el misterioso cajón, en cuyo interior apareció un arca ricamente labrada, que reproducía con bastante exactitud las castellanas del medievo.

—¡Con cuidado!, no vaya usted a estropear el trabajo — advirtió Medina, cuya nerviosidad aumentaba por momentos.

—¡Y pensar que tal vez está ahí

la clave del misterio!—suspiró el agente.

—Poco falta para verlo.

—No habrá más remedio que forzar el arca.

—¡Lástima! Porque es una pieza valiosa.

¡Han ya a efectuarlo tal y como lo habían dicho, cuando en el interior de los Almacenes sonó un disparo. Los dos policías requirieron prestamente sus pistolas y marcharon en dirección al lugar de donde partiera el estampido que no era otro que el rincón en que se hallaban los maniqués. Apenas se habían colocado frente a ellos cuando el que aparecía vestido de detective, de una de cuyas manos pendían los restos de un globo estallado, estornudó ruidosamente.

—¡Arriba las manos! — gritó enérgico el inspector, encañonado al extraño muñeco.

Consciente de que se trataba de un ser humano, el agente le preguntó:

—Usted, ¿quién es?

Y Roberto Pérez, que de él en persona se trataba, contestó con inaudita frescura:

—Yo soy Peláez.

—¿Qué Peláez?

—Un compañero de ustedes.

—¿El detective privado?

—El mismo. ¿No me veis el uni-

forme?

—Ya aclararemos eso después. Ahora, venga usted con nosotros.

Si durante la escena anterior hubiese fijado alguien su mirada curiosa en la puerta del despacho de la Gerencia que los dos policías dejaron abierta al salir de aquél precipitadamente, habría podido observar como sus dos hojas se cerraban con lentitud y misterio a impulsos de una mano invisible. La realidad de tal hecho determinó que al retorno de los personajes aludidos, el inspector se detuviese presa del más vivo asombro, mientras decía más para sí que en espera de una respuesta:

—Juraría que habíamos dejado abierto.

Pero la mayor sorpresa los aguardaba en el interior del despacho, al comprobar que el arca había sido forzada, y que en ella, sólo aparecía un abrigo en mediano uso, sin que el mozo Agustín permaneciese en el lugar en que habíanle dejado.

—¿Eh?...

—¿Qué es esto?... ¿Y Agustín? —exclamó Medina sin poderse contener, ordenando acto seguido a su acompañante—: Corra, a ver si lo encuentra.

Salió rápido el agente, y el Inspector, luego de tomar el abrigo en sus manos y de examinarlo con minuciosidad, comentó:

—Aquí hay manchas de sangre. Y aquí está una etiqueta en la que se lee: "Andrés de la Cuesta". Eso quiere decir que el cadáver ha estado aquí y ha desaparecido por tercera vez.

—No le extrañe a usted — comentó con su idiotex de siempre el supuesto Peláez—. Ya lo dice un viejo axioma policíaco: "El muerto siempre ronda el lugar del crimen".

Apenas estas palabras habían sido pronunciadas, cuando el agente, de vuelta ya, puso en conocimiento de su jefe:

—Abí fuera tengo al mozo. Lo encontré en el sótano. Dice que fué allá por si alguien trataba de utilizarlo para esconderse.

—Lléveselo detenido a la Comisaría y procure arrancarle la verdad de lo ocurrido aquí esta noche.

* * *

Una hora más tarde, en el despacho oficial del inspector Medina, pieza confortable y elegantemente amueblada, ocurría un hecho insólito.

Peláez tomaba café sentado a la mesa de aquél; el agente acababa de repetir las palabras escuchadas al mozo Agustín, según las cuales sólo había permitido entrar aquella noche en los Almacenes a la no-

via del detenido Luis Vives; un nuevo personaje entró y puso en manos del Inspector un sobre, al tiempo que decía:

—Me acaban de entregar este sobre con las fotografías que estaba usted esperando. ¿Manda usted algo?

—Nada. Puede retirarse —contestó Medina, que inquieto, pleno de curiosidad, rompió la goma del sobre y extrajo dos fotografías: una, la de Roberto Pérez, hombre-anuncio de los Almacenes Mundial y presunto autor del crimen que se perseguía; otra, la obtenida en el Depósito Judicial, del cadáver so-

bre cuyas ropas se halló la documentación de don Andrés de la Cuesta, víctima del suceso.

A no tratarse de hombre bien equilibrado, el Inspector hubiese perdido la razón en aquel mismo momento; porque la verdad, la alucinante y despistadora verdad, era que en ambas cartulinas figuraba un solo rostro y que éste era el del llamado detective Peláez, que así, venía resultar a la vez asesino, víctima y descubridor.

Decidido a ponerlo todo claro en un instante, dirigió su mirada al lugar en que Peláez tomaba café y ¡horror!, pudo advertir que Peláez ¡había desaparecido!

CAPITULO IX

¡Defenga usted a mi hija!

El ex Comisario Vargas y Salvadora, su hija, desayunaban a la mañana siguiente en su confortable mansión. De pronto, aquél, que hojeaba los diarios recién llegados a sus manos, exclamó, dirigiéndose a la muchacha:

—¿Tú has visto ésto?

Tomó Dorita el periódico que su padre le brindaba y, apenas pasó la vista sobre él, cuando dijo, horrorizada:

—Aquí me nombran a mí.

Vargas, siempre sereno y tranquilo, leyó en alta voz:

"El crimen de los Almacenes Mundial. El cadáver del Gerente es reintegrado a los Almacenes y desaparece por tercera vez. Se sospecha que la culpable de la desaparición sea una de las mecanógrafas de los Almacenes, novia del supuesto autor del crimen, que anoche se introdujo en aquéllos con la

complicidad del mozo encargado de la custodia del local".

Sin poderse contener, la linda chiquilla, dió rienda suelta a sus temores, bien pronto disipados por la experiencia paterna.

—¿Crees que me sucederá algo?

—No temas, pequeña. Y sigamos trabajando. Según me has dicho, la caja de caudales tiene un arañazo en la parte superior de la puerta.

—Sí, papá.

—Y, según el mozo que te facilitó la entrada al despacho, en éste no quedaron el sombrero ni el abrigo del Gerente a su desaparición, ni la estufa eléctrica encendida.

—Eso es.

—Ya va estando todo bastante claro. Me dijiste que entre los famosos maniqués había uno que repre-

sentaba a un rey antiguo. ¿Qué vestiduras llevaba?

—Ninguna. El manto de armiño, la corona y otras alhajas con que había de engalanarse, por su valor, se transportaron aparte.

—La carta que me entregaste anoche, ¿dónde estaba?

—En la caja de caudales.

—¿A qué máquina corresponde el tipo en que está escrita?

—A la que hay en la Gerencia.

—¿Y la dirigida al Juez de Guardia...?

—Esa tuvo que ser escrita en otra máquina y por otra mano.

Al llegar a este punto del diálogo, sonó el timbre de la puerta; y a poco la sirvienta anunció:

—Señor: el inspector Medina.

¿Para qué describir la emoción que esta inesperada visita produjo en Salvadora? Bien que para tranquilizarla hallábase allí el viejo ex Comisario, que, ideando en seguida todo un plan de conducta, animó a su hija con estas palabras:

—No tengas miedo, mujer. Vete a tu habitación, arréglate para salir y aguarda tranquila a que yo te llame.

Obediente, la muchacha desapareció por una puerta lateral, y Vargas, a toda la velocidad que su movable sillón le permitía, salió al encuentro de Medina que avanzaba hacia él.

—¡Adelante! ¡Adelante!

—Perdone lo inoportuno de mi visita—se disculpó.

—Siéntese y dígame a qué debo el honor...

—Como usted sabe, estoy encargado del descubrimiento del crimen de los Almacenes Mundial.

Con una elegante ironía que no había de abandonarle en toda la escena, Vargas replicó:

—Conozco todo lo acaecido en ese suceso hasta el momento presente.

—¿Las extrañas andanzas de anoche, también? —inquirió el policía.

—También. Y supongo que estará usted a punto de detener a la mecanógrafa que tiene en estos momentos la clave del asunto—replicó el anciano, subrayando sus frases con una intencionada sonrisa.

—Espero que no terminará el día sin haberla detenido.

—Tal vez la tenga usted en su poder antes de lo que se figura.—Hizo una breve pausa, miró a su visitante en una forma para él indeseifrable por el momento, y llamó—: ¡Dorita!

—¿Me llamabas, papá? —respondió a los pocos instantes la muchacha, entrando totalmente ataviada para marchar a la calle, como su padre le ordenara antes.

En aras de la más elemental

educación, Medina se había alzado del asiento, a la aparición de la bella criatura, a la que, el padre, acaso buscando el efecto de la sorpresa, presentó así:

—Tengo el gusto de presentarle a la mecanógrafa en cuestión...

—¿Eh? ¿Cómo?—no pudo por menos de balbucir Medina.

—Mi hija Salvadora Vargas, novia de Luis Vives, que anoche fué a los Almacenes Mundial por expreso encargo mío.

—¿De usted?

—Permitame que por ahora no le diga nada más.

—Pero es que, yo... no puedo detener a la hija de un compañero...

Vargas le atajó, cortando la frase:

—Que en este momento deja de serlo, para convertirse en una posible cómplice del hecho delictivo que se persigue.

—Sin embargo, comprenda usted...

—En el cumplimiento de la obligación, no comprendo nada. Usted tiene que detener a Salvadora Vargas, y yo, facilito gustoso esa detención, y me reservo, naturalmente, la demostración de su absoluta inocencia.

El Inspector apenas pudo modular una nueva frase, estupefacto

ante la forma inesperada de desarrollarse los hechos.

—Me dijeron que era usted sorprendente, pero no creí que llegase a tanto.

Por su parte, el ex Comisario, dirigiéndose a su hija, le ordenó, con voz que era más que nada una promesa:

—Dorita: acompaña al señor y sigue teniendo fe en tu padre.

Un beso ungió la frente del en otros días *Sherlock Holmes español*, y mirando serena y normal al que había de ser su acompañante, Salvadora silabeó:

—Cuando usted guste.

Iniciaban ya la marcha ambos personajes cuando les detuvo una nueva frase del padre, dirigida especialmente a Medina:

—Antes de retirarse, permítame usted una pregunta y un consejo:

—Le escucho.

—El abrigo aparecido anoche en la Gerencia de los Almacenes, ¿está manchado de sangre?

—Sí, señor. Por la parte interior del cuello.

—Como yo sospechaba. Procure usted enterarse de si anoche han sido vendidos a algún "perista" un manto de armiño, una corona y unas alhajas antiguas.

—Lo intentaré — dijo el Inspector por decir algo, y sin que en ver-

SE HA PERDIDO UN CADAVER

dad alcanzase a comprender el significado de tan extraña recomendación.

Una mano —la de Salvadora—

se alzó en el aire en señal de despedida; otra —la de Vargas— la correspondió, en decidido ademán protector.

CAPITULO X.

Peláez deliene a Pérez

Cuando en una vida sencilla, de ritmo apacible, se cruza de repente una aventura, invade el ánimo un aturdimiento especial que hace pensar en el comienzo de una nueva existencia: algo así como una borrachera del espíritu, que priva por algún tiempo de la serenidad del conocimiento. Pero cuando la tenue nubecilla se disipa y nos hallamos otra vez de frente a la realidad desnuda, el porvenir nos espanta y, juzgándonos solos en medio de la inmensidad de la vida, buscamos un alma gemela a la que acogernos, o cuando menos una voz amiga que nos aconseje y que nos anime.

Este, exactamente, era el estado de ánimo de nuestro amigo Roberto Pérez, a los tres días del suceso de los Almacenes Mundial, en que tan complicado se encontraba.

No es extraño, pues, que pa-

seándose a lo largo de su habitación, envuelto en un batón de baño y cubierta la cabeza por un gorro de dormir, se debatiese en mil angustiosos (y a ratos pueriles) temores, expuestos en alta voz, con un trémolo de tristeza en la garganta, y un rictus de melancolía en las comisuras labiales.

—¿Si tuviera quién me aconsejase en este trance!... Pero estoy solo, muy solo...

Al llegar aquí, detúvose un instante, animó su rostro con el brillo de una sonrisa y jugueteando con la pipa que sostenía en la mano derecha, quedóse mirando fijamente al espejo cuya luna reproducía su figura.

—Es decir, solo, no — añadió, en un tono más alegre —. Ahí hay alguien.

Y como si, en efecto, no fuese todo un fenómeno imaginativo, se

dirigió al supuesto acompañante y pronunció estas palabras:

—Acudiré a ti, que eres mi mejor amigo. Di, ¿qué te parece que haga?... Dame una solución a los dos problemas que tengo planteados: uno el de no pasar por cadáver; otro el de no pasar por delincuente. De los dos, el que más me preocupa es el de tener que pasar por cadáver.

Detúvose un instante, como si en realidad escuchase la respuesta de su fantástico colocutor y, al cabo de aquél, prosiguió:

—¿Cómo dices?... ¿Que lo que necesito es buscar un cadáver?...

Dirigióse rápido a una pequeña mesita, sacó de la cartera que sobre ella se encontraba una cuartilla en blanco, escribió unas líneas y volvió con aire de triunfo frente al espejo, informando a su imagen:

—Fíjate qué anuncio voy a insertar en los principales diarios: "Para justificar inocencia caballero honorable, precisase cadáver en buen estado."

El otro "yo" de Roberto le contestó indignado:

—¿Eres un estúpido!

Y el hombre-anuncio que, atormentado por la realidad de los hechos, vivía unos difíciles momentos de doble existencia, no supo dominar una respuesta violenta:

—Te advierto que yo nunca me he dejado insultar por nadie, y soy capaz de...

—¡Estúpido! ¡Estúpido!... y ¡Estúpido!!

La cerrazón mental que en aquella hora de desequilibrio nervioso había enseñoreado del pobre Pérez, le inspiró una desdichada resolución, impulsó su brazo y le hizo golpear el espejo, que saltó en mil pedazos, uno de los cuales laceró el rostro del propio agresor, como si, en efecto, alguien le hubiese querido hacer volver a la realidad de un amable puñetazo.

Porque la realidad seguía su curso. Buena prueba de ello era el periódico que la patrona de la casa de huéspedes sostenía en sus manos, horas más tarde y en el que, bajo este escandaloso titular:

El crimen de los Almacenes Mundial. — Se ofrece una recompensa a quien facilite la detención de Roberto Pérez, el hombre-anuncio...

aparecía el retrato del héroe de estas incidencias, con toda la infantilidad de su alma retratada en el semblante. Y buena prueba de ello era también la indignación de que la tal patrona se mostraba poseída al decirle:

—¿Cómo iba yo a sospechar que

tuviera en mi casa o un asesino?... Porque usted es un asesino: lo dice aquí bien claro.

—Sí, señora: un asesino y un ladrón, ¿qué pasa? ¿Es que piensa usted ganarse las cinco mil pesetas que ofrecen por mi detención?

—¿Yo?

—Ni lo sueña siquiera, porque esos mil duros son para mí.

—¿Para usted? — preguntó la patrona en el colmo del asombro.

—Para mí, sí, señora. ¡Tuviera gracia que se los dejara ganar a nadie, siendo yo el propio interesado!

—Yo, lo que no quiero es verle a usted más por aquí—continuó la espantada mujer, saliendo de la habitación y dejando el periódico sobre la mesa.

El amenazado de detención lo tomó en sus manos y, encarándose con su propio rostro, le espetó el siguiente razonamiento:

—Amigo Roberto: Peláez no tiene más remedio que detenerte. ¡Es inútil que te resistas! Primero es el cumplimiento de la obligación y después son las cinco mil pesetas. Porque tú, querido Roberto, eres solo en el mundo; pero Peláez tiene una familia numerosa.

Horas más tarde, el hombre-anuncio, atadas a la espalda las manos, cruzaba solo y entre el asombro de los transeúntes, las calles de la ciudad; llegaba a la puerta de la Comisaría y sostenía con los guardias que en ella se encontraban de vigilancia el siguiente diálogo:

—¿A dónde va usted?

—A entregar un detenido.

—¿Dónde está?

—Aquí.

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Y el que lo ha detenido?

—Yo.

—No lo entiendo.

—Me lo explico. Ande, suba a anunciar que Peláez ha logrado "echar mano" a Roberto Pérez.

Y, un poco filósofo, el más viejo de los guardias dijo a su compañero:

—Avisa que aquí hay un loco.

Loco o cuerdo, fué a parar con sus huesos al calabozo, en el que parecían aguardarle cuatro amigos recientes: la "mechera" de los Almacenes, su cómplice y los dos desvalijadores del hotelito de don Andrés de la Cuesta, todos los cuales sostuvieron con él rápidos diálo-

gos, hasta que la voz autoritaria de uno de sus guardianes se dejó oír imperiosa:

—¡Roberto Pérez! ¡Con todo lo que tenga!

Dió media vuelta el aludido, miró en torno suyo e iniciando la salida hacia la puerta, exclamó desalentado:

—¡Como no sea con el miedo!

CAPITULO XI

La doble personalidad de Marité

En la cadena de inesperadas incidencias que nutre esta historia, vamos a presentar al lector una, realmente insospechada; la entrevista que, a instancias del ex Comisario Vargas, sostuvo éste con Marité, la manicura amiga de la víctima del misterioso suceso de los "Almacenes Mundial".

Cuando nos enfrentamos con ambos personajes en el confortable salón-despacho del inteligente anciano, ya la conversación había pasado de sus primeras frases, como lo denunciaban las palabras de éste:

—Ahora se explicará usted por qué me he permitido llamarla.

—Estoy a su disposición—contestó Marité con serenidad inalterable, casi con indiferencia glacial.

El viejo Vargas, de vuelta ya de todas las cosas, advirtió perfec-

tamente este tono, que quería significar ausencia, pero dándole de lado, siguió, inalterable, el plan que se había propuesto y comenzó con su firmeza y rotundidad habituales, el interrogatorio que convenía a sus fines:

—¿Hace mucho tiempo que conoció usted a don Andrés de la Cuesta?

—Unos dos años aproximadamente.

—No tengo más remedio que hacerle una pregunta delicada: en el terreno económico, ¿cuál fué la conducta de su novio para con usted?

—Me hizo regalos espléndidos.

—¿Qué sucedió entre usted y él en su última entrevista?

Marité vaciló un momento antes de responder. Por fin, se inclinó hacia Vargas y, un poco perdida la

vista en la lejanía del recuerdo, inició el relato:

—Verá usted...

Como viva reproducción de todo lo acaecido en el despacho de la Gerencia en aquel atardecer de diciembre, fueron pasando ante los ojos sagaces del ex Comisario los hechos evocados por la voz cálida y confidencial de la manicura: las primeras frases violentas que se cruzaron entre los dos, la firmeza de ella en sostener su postura frente a la decisión de él de terminar aquellas relaciones que ya comenzaban a posarle...

Calló un segundo, que fué aprovechado por su interrogador para interrumpir el relato.

—Bien. Esa es la versión de María Teresa Cañizares.

—Tal es mi nombre.

El antiguo policía quedóse la mirando con impresionante fijeza, al par que le decía, muy silabeadas las palabras:

—Ahora quiero conocer la versión de la Juaneca.

Marité alzóse rápida de su asiento e interrogó a su vez:

—¿Eh?... ¿Cómo sabe usted?

—Tranquilízate, mujer — intentó serenarla él, con paterna solicitud—. Yo tengo, por lo visto, mejor memoria. Somos viejos amigos los dos. ¿No recuerdas?... Ha-

ce ya quince años, fué realizada una estafa contra el Banco Central. En ella apareciste complicada tú, ¿recuerdas ahora?

—Sí, sí, es verdad... Pero usted...

—¿No te dice nada el nombre de inspector Vargas?

Tras unos minutos de silencio, en los que pareció como si le explorase, afirmó:

—Claro... sí... Esos ojos, son aquellos.

Vargas aprovechó, habilidoso, el momento y se lanzó a fondo, descubriendo claramente sus intenciones.

—A despecho del tiempo, quisieran tener hoy el mismo poder que entonces.

Su voz se fué dulcificando poco a poco, hasta que se hizo casi un ruego:

—Piensa, María Teresa Cañizares, que en el misterio de este asunto va envuelta la felicidad de mi hija, y contéstame con la misma franqueza con que, entonces, me contestó la Juaneca.

De súbito, volvió a cobrar calidades de mandato, y exigió:

—¿Qué pasó con los miles de duros que había en la caja de los Almacenes?

Dócil, Marité no supo negarse al requerimiento, y explicó cómo

Andrés le había pedido que situase una crecida suma en el hotel que para sus entrevistas amorosas poseían en las afueras de la ciudad, y de qué modo ella le había obedecido.

—Sin embargo, tú no te presentaste a la policía para contarle todo eso—la reprochó el ex Comisario.

—No, señor. Me dió espanto el volver a verme complicada en otro asunto, como años atrás; pero hice realizar algunas gestiones por mi parte.

—Cuéntame eso.

—Encargué a un policía particular que recuperase el maletín robado, y lo conseguí.

—Luego, ¿ese maletín está en tu poder?

—Sí, señor; pero no he tocado un céntimo de él. Se lo juro.

—Perfectamente. Este extremo era el único que me quedaba por aclarar. Ahora ya lo sé todo. Conozco a tu cómplice y...

—Le juro que... — interrumpió la muchacha, temerosa.

Vargas la atajó:

—Calla, Marité. No me hagas recordar a la Juaneca—. Y en una de sus acostumbradas transiciones, añadió—: Te aconsejo que me prestes tu ayuda. ¿Quieres hacerlo lealmente?

—Haré lo que usted me mande. Otra vez *aquello*, no... no...— Y al decirlo, parecía querer espantar el recuerdo de una pesadilla.

—Así me gusta. Siéntate ahí y escribe.

Acomodóse Marité a la mesa de despacho y, luego de una vacilación apenas perceptible, fué cun-jando en signos las palabras que él le dictara.

“Esta noche, a las diez en punto, sobre la mesa del despacho de la gerencia de los Almacenes Mundial, estará el maletín con el dinero que he recuperado.” Firma.

—Ya está.

—Pon el sobre y hazla llegar a su destino.

—Antes de una hora la habrán recibido.

—Y ahora, ve en paz.

El diálogo se hizo más sordo, confidencial casi, impregnado de una sencilla y conmovedora emoción.

—Muchas gracias... inspector Vargas—le llamó ella, como años atrás.

—A ti, María Teresa—tuvo él la gentileza de no repetir el nombre de entonces—. ¡Y hasta la noche!—agregó con cierta jovialidad. —Es posible que volvamos a vernos.

Estrecháronse las manos con

leal franqueza de buenos camaradas y dieron por terminada la interesante entrevista.

A punto ya de trasponer los umbrales de la habitación, Marité se cruzó con Luis Vives, recién puesto en libertad.

—Luis, hijo... ¿Cómo aquí? — gritó más que dijo su futuro suegro.

Púsole el muchacho en antecedentes de la buena nueva y, después de mirar con ansiedad en torno suyo, preguntó:

—¿Y Dorita?

—Siéntate y escúchame con calma.

—¿Es que le ha ocurrido algo?

—Una contrariedad de la que yo mismo he sido el causante, en beneficio de todos.

El corazón de los amantes sabe mucho de la adivinación, por cuanto Luis no dudó al preguntar:

—¿Detenida acaso?

Vargas le tranquilizó de inmediato:

—Sí, pero por muy poco tiempo y con las máximas garantías.

—¿Logró usted averiguar algo al fin?

—Todo. Aquí — y señalaba su frente espaciosa al decirlo — está todo resuelto.

—¿Sabe usted, entonces, quién fué el asesino?

—Sí.

—¿Y dónde está el cadáver?

—También.

—¿Pues qué resta por hacer?

—Una gestión de la que tú vas a encargarte ahora mismo. Ve a la Comisaría, habla con el inspector Medina de mi parte y dile que para ponerlo todo en claro definitivamente...

* * *

No poco trabajo costó a Luis (unido ya a Salvadora en el despacho del Inspector, en el que se encontraba rodeada de toda clase de atenciones), convencer a Medina de que debía complacer al viejo Vargas. Y acaso no lo hubiese logrado, de no entrar en tan oportuna ocasión el agente, afirmando con extraña nerviosidad:

—¿Es sorprendente, inspector!

—¿Hubo algo de eso? — preguntó éste, también con la ansiedad retratada en el semblante.

—En casa de Candelas, el perista, hemos encontrado un manto de armiño, una corona y unas joyas antiguas, vendidos anoche precisamente.

Rendido a la evidencia, el inspector Medina ya no supo negar-

S E H A P E R D I D O U N C A D A V E R

se a la petición que acababan de formularle, y prometió sonriente a Luis:

—Diga usted al comisario Vargas que a las diez menos cuarto irá a buscarle un coche de la Dirección para trasladarle a los "Amacenes Mundial", como es su deseo.

—Muchas gracias — respondió el muchacho.

—¡Dios se lo pague! — exclamó Salvadora.

Y en los ojos de ambos brilló una lucecita de esperanza, que se anegó en el fulgor de una lágrima.

CAPITULO XII

Luz en las finieblas

Eran las diez menos cuarto de la noche, cuando en el despacho de la Gerencia de los "Almacenes Mundial", y acompañado de Luis Vives, Agustín y el agente que había intervenido de modo directo en las investigaciones, entraba el ex Comisario Vargas, siempre aposentado en su sillón de ruedas.

Apenas había tenido tiempo de realizar una ligera visita de inspección, comprobatoria de todos los extremos por él deducidos, cuando el mozo se creyó en la obligación de hacer a los otros personajes una confidencia:

—Ustedes perdonen — manifestó—, yo no sé si voy a decir una tontería.

—Hable, hable — le animó el anciano.

—Esta tarde ha venido una mujer con un niño, a devolver esta pi-

tola que la criatura se llevó de ahí fuera el día del crimen.

Al decir esto, Agustín hizo entrega de una pistola detonante, reconocida bien pronto por Luis, que exclamó con alegría:

—¡Es la pistola del hombre-anuncio!

—Todo ocurrió como yo lo suponía — fué el único comentario de Vargas—. Ni este cabo va a faltarme por atar—. Y entregando el arma al novio de su hija, añadió: —Toma y déjala sobre la mesa.

Al impulso de un nuevo visitante, cedió la puerta que comunicaba con el pasillo: era Marité que, llevando en sus manos el famoso maletín, entraba temerosa y cohibida.

El ex Comisario, que no había perdido ni un solo minuto su pre-

sencia de ánimo, la recibió paternal y afectuosamente:

—No tengas miedo, mujer. Te doy mi palabra de que no ha de sucederte nada malo.

La manicura, a quien ocasionaba un malestar casi físico la presencia en aquel sitio, suplicó:

—Si me permitiera usted retirarme...

—Sí, hija, ¿cómo no?... Tu misión ha terminado. Agustín, acompaña a la señorita para que no salga por la puerta de servicio.

—Gracias — dijo apenas ella, mientras atravesaba el despacho, para salir por los Almacenes.

Sucesivamente fueron llegando Salvadora, Roberto y el inspector Medina. Y cuando todos se encontraron reunidos, Vargas, sin alteración alguna en la voz, pronunció estas frases:

—Faltan cinco minutos para las diez. Colóquense todos hacia esta parte — señalando el fondo del despacho—. Usted — indicó al agente —, cierre y quédese detrás de la puerta, pero no haga caso de la pistola en ningún caso.

Medina intervino, previsor:

—Sin embargo, si es el asesino el que va a entrar...

Una sonrisa rubricó esta respuesta de Vargas:

—¿Quién sabe?... Luis, apaga

todas las luces, menos la del pasillo.

Todo quedó durante unos instantes en el más absoluto de los silencios y en la más misteriosa de las penumbras. No había transcurrido un minuto, cuando en la lejanía resonaron diez campanadas, y unas pisadas próximas denunciaron que alguien avanzaba por el corredor que daba acceso a la parte posterior de los Almacenes.

Vargas impuso a todos los que le rodeaban:

—¡Silencio! Alguien se aproxima...

La puerta se abrió pausadamente y un rayo de luz fué a dar sobre el maletín. El recién llegado avanzó con la más ciega de las confianzas y trató de apoderarse de él; pero en el mismo instante, el despacho inundóse de luz y todos pudieron ver frente a sí al propio don Andrés de la Cuesta, avejentado en el espacio de aquellos tres días de mortal angustia.

—Tengo el gusto de presentarles a la desaparecida víctima del misterioso crimen que tanto nos ha dado que hacer — declaró con su ironía de los grandes momentos el inválido.

—Entonces, ¿yo no he matado a nadie? — alborotó, risueño, Roberto Pérez.

—No, porque no hubo tal crimen, como usted puede ver.

—Pero aquel cadáver... — interrumpió Medina.

—No pudo haber cadáver, puesto que no hubo crimen.

No podía faltar la chuscada del hombre-anuncio, y surgió al dirigirse al Gerente, que había visto cortado el camino de la huida por la posición estratégica del policía situado detrás de la puerta.

—Que lo diga él mismo. ¿A usted le han matado alguna vez?

—Sigo sin entenderlo— insistió el Inspector.

Y el ex Comisario Vargas comenzó, ante el interés creciente de todos, a explicar:

—Pues es sencillísimo. Escuchen ustedes. Este señor, que por su vida desordenada había dispuesto de fondos que no le pertenecían, trató de eludir su responsabilidad emmendando los libros de contabilidad que Vives le entregó a petición suya, lo que motivó entre ambos una escena violentísima, durante la cual, y al verse acorralado por el cinismo de su jefe, Luis no pudo reprimir un instintivo movimiento de agresión, que no pasó a vías de hecho, porque en el mismo instante se escuchó el disparo de la pistola que empuñaba en aquel momento el hombre-anuncio, cuya

arma detonante había sido cogida por un niño, dejando en su lugar la auténtica el cómplice de la "mechera", al iniciar la huida determinada por el descubrimiento de ésta.

Hizo una breve pausa y prosiguió:

—El disparo atravesó la pared y fué a rozar la parte superior de la caja de caudales, donde perdió fuerza, hiriendo de rebote al gerente, que cayó a tierra conmocionado.

El Inspector, que, como todos, escuchaba interesadísimo la explicación de lo que en algún momento llegó a juzgar inexplicable, interrumpió el relato con la expresión de una duda:

—Si no disparó Vives, ¿cómo saltaba una bala en el arma que empuñaba y él no puede explicar esta falta?

—Porque ignoraba el motivo en absoluto—repuso Vargas.

—Y sigo ignorándolo—corroboró Luis.

—Voy a explicártelo yo. Salvadora hubo de quedarse en el despacho la noche anterior al suceso, a requerimiento de don Andrés y para efectuar un supuesto trabajo urgente, pretexto burdo para intentar por la fuerza lo que le era imposible conseguir de buen grado; tratando de defenderse, mi hija tro-

pezó casualmente con la mesa en que Vives guardaba su pistola. Sacó ésta con el fin de amedrentar a su perseguidor, y el nerviosismo de que estaba poseída la hizo dispararla involuntariamente.

Aun la curiosidad del inspector terqueó:

—Ahora sí que no me queda más que una duda: ¿quién sacó de la Gerencia el cuerpo desplomado de don Andrés?

—Va usted a saberlo. El supuesto cadáver, pasada la conmoción, se levantó y en su estado de semi-inconsciencia, sólo pensó en huir. Se puso el abrigo, que por eso quedó manchado de sangre por dentro, desconectó la estufa eléctrica, como tenía por costumbre, y huyó definitivamente. Queda por explicar la actitud posterior de este hombre al esconderse, que no fué otra que la de que, suponiéndosele muerto, le fuese fácil recoger el dinero que Marité le había llevado al hotel y escaparse.

Ahora fué Roberto el que no pudo menos de interrumpir:

—Pero gracias a que yo me sentí ladrón, y como quien quita la ocasión, quita el maletín... digo, quita el peligro...

—...se vió forzado a entrar nue-

vamente en los Almacenes — remató Vargas el razonamiento—. Y robar el manto y las alhajas con cuyo producto pensaba marcharse, pero se dejó olvidado el abrigo en este despacho...

La admiración profunda con que todos escuchaban al anciano, impidió que se diesen cuenta de la maniobra de don Andrés al intentar apoderarse de la pistola detonante que aun permanecía sobre la mesa, y así, sólo pudieron detener su acción cuando, empuñándola, estaba a punto de hacerse justicia.

—Déjenle, déjenle — tranquilizó a todos el ex Comisario, consciente de la impunidad del arma.

—Si, déjenle — añadió Roberto —, que esa pistola está muy acostumbrada a matar perros.

Y, volviéndose al Inspector, solicitó:

—Bueno, señor Medina: ustedes habían ofrecido cinco billetes de mil pesetas por la detención de Roberto Pérez, ¿no es eso? Pues yo, Peláez, he detenido a Pérez, que también soy yo. De modo que vengan esos cinco.

El inspector Medina estrechó burlón la mano que se le tendía y una franca carcajada resonó en el despacho.

EPILOGO

Días más tarde, Luis Vivca, ocupando el cargo de Gerente de los Almacenes Mundial, despachaba con la que antes de ser su esposa era ya su secretaria.

—A sus órdenes, señor Gerente —dijo Dorita.

El respondió, relampagueantes los ojos de felicidad:

—A las tuyas, mientras no se hunda el mundo.

Y el mundo no se hundió, pero sí el muro de separación del *stand* de Roberto que, lanzado con bicicleta y todo a través de aquél, por la travesura de un chicuelo, cayó envuelto en escombros a los pies de los novios, como un símbolo avergonzado y maltrecho.

FIN

GRAN EXITO DE

Emociones cinematográficas de un figurante

(La vida de los "extras" en los estudios)

Apuntes del natural

por

RAMIRO MARQUÉS

Interesantes ilustraciones

¡Lo más ameno en este género!

De venta en todos los quioscos y librerías

Precio: 3 pesetas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

En breve:



Ráfagas de humor

por

Fidelio Trimalción

cuya lectura le proporcionará
verdadero deleite.

Retenga este título:

Ráfagas de humor



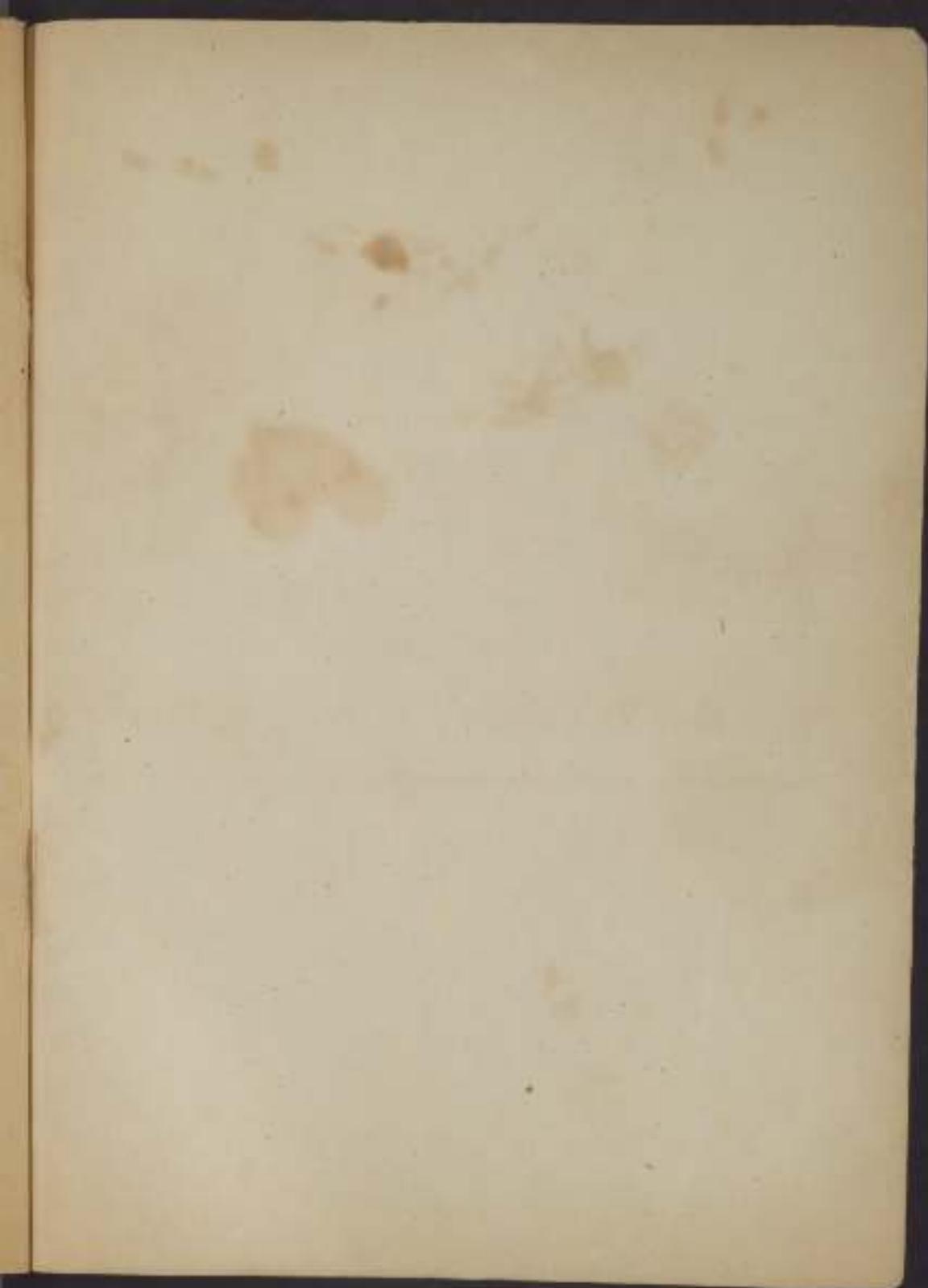
Ediciones Bistagne

E. 28-1-69 / 15

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE





2441 SEP. 21

1750

SAGRERA

Handwritten text, possibly a title or header, including the number 114.

Main body of handwritten text, appearing to be a list or a series of entries.

